

11^{vo.} Concurso de Cuentos

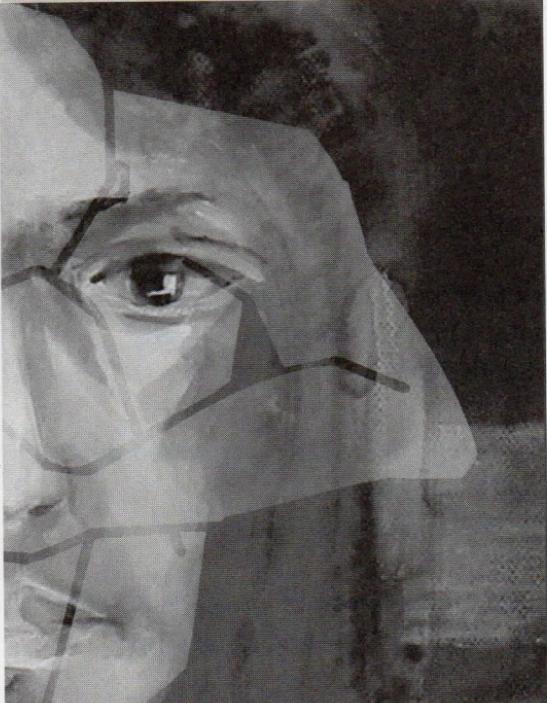
Radio Santa María



Cuentos Premiados

11^{vo.} Concurso de Cuentos

Radio Santa María



GERALDO
ESTRADA

Júpitero en Santo Domingo, D.N.
República Dominicana.

Primera Edición, septiembre de 2004
Antología: 11vo. Concurso de Cuentos
Radio Santa María

Diseño, cuidado de edición; corrección de
originales y pruebas :
CARLOS FCO. FERNÁNDEZ-ROCHA.

Diagramación, composición y diseño portada:
CARLOS ALBERTO FERNÁNDEZ-ROCHA

Gráficas:
LÁZARO ESTRADA

Impreso en Santo Domingo, D.N.
República Dominicana.

ÍNDICE

Pág.

Palabras del Director 7

CUENTOS PREMIADOS:

El monstruo
de Roque Diómedes Santos 13

Antes de que la luz se acabe
de Aquiles Julián 27

Casi un minotauro
de Ricardo Nieves 41

La última carta
de Franklin Alvarez Eve 51

Los del elevador
de Addala Melgen 63

MENCIONES:

Químbara
de Aquiles Julián 76

Al filo del abismo
de Petra Saviñón 84

Transmutación
de Rafael Paula 88

La rosa de los vientos
de Gilberto Antón Espinal 103

ANEXOS:

Acta única 109

PALABRAS DEL DIRECTOR

Señores miembros de la mesa principal y todos ustedes que comparten la celebración de esta undécima versión del Concurso de Cuentos de Radio Santa María, gracias por su presencia que es apoyo a este instrumento de estímulo a la creación y la expresión literarias.

A los integrantes del Jurado, nuestro aprecio por el esfuerzo ingente de leer y evaluar los cuentos que, en número mayor que en años anteriores, han presentado concursantes provenientes de distintas localidades del país.

El apoyo renovado y ampliado del Grupo León Jimenes a este certamen nos estimula a seguir colaborando con una familia de empresas que valora la creación cultural y la difusión de lo nuestro. Sin ese apoyo constante, este concurso podría haber desaparecido y con él, las expectativas de escritores deseosos de dar a conocer sus obras.

Agradecemos, sobre todo, a los concursantes por

escribir y presentar estas narraciones en las que dicen algo de lo que les ha tocado vivir desde ese espacio tan personal de su propia vivencia e inspiración. Felicitamos de manera especial a los cinco ganadores, así como a los cuatro escritores que han merecido menciones honoríficas. Entre más de 138 concursantes con un total de 237 cuentos, ustedes han producido obras que destacan por tener una trama narrativa bien construida y un vocabulario expresivo bien logrado; pero especialmente, por la calidad humana que se revela en ellas.

Radio Santa María llega así a la undécima versión de este concurso de cuentos y se regocija de que nuevamente haya concitado el interés de tantos escritores, unos en ciernes, otros curtidos por un esfuerzo literario sostenido. Unos y otros encuentran en este concurso ocasión para presentar las obras que han forjado en ese espacio de su creatividad.

El escritor vive en esta misma trama cotidiana en la que todos nos insertamos. Tiene que luchar con los mismos demonios que atormentan al ciudadano común y corriente. Sufre los mismos embates del país, a lomo de olas apocalípticas como la economía y la política actuales, en que la creación cultural y la calidad humana parecerían destinadas a naufragar.

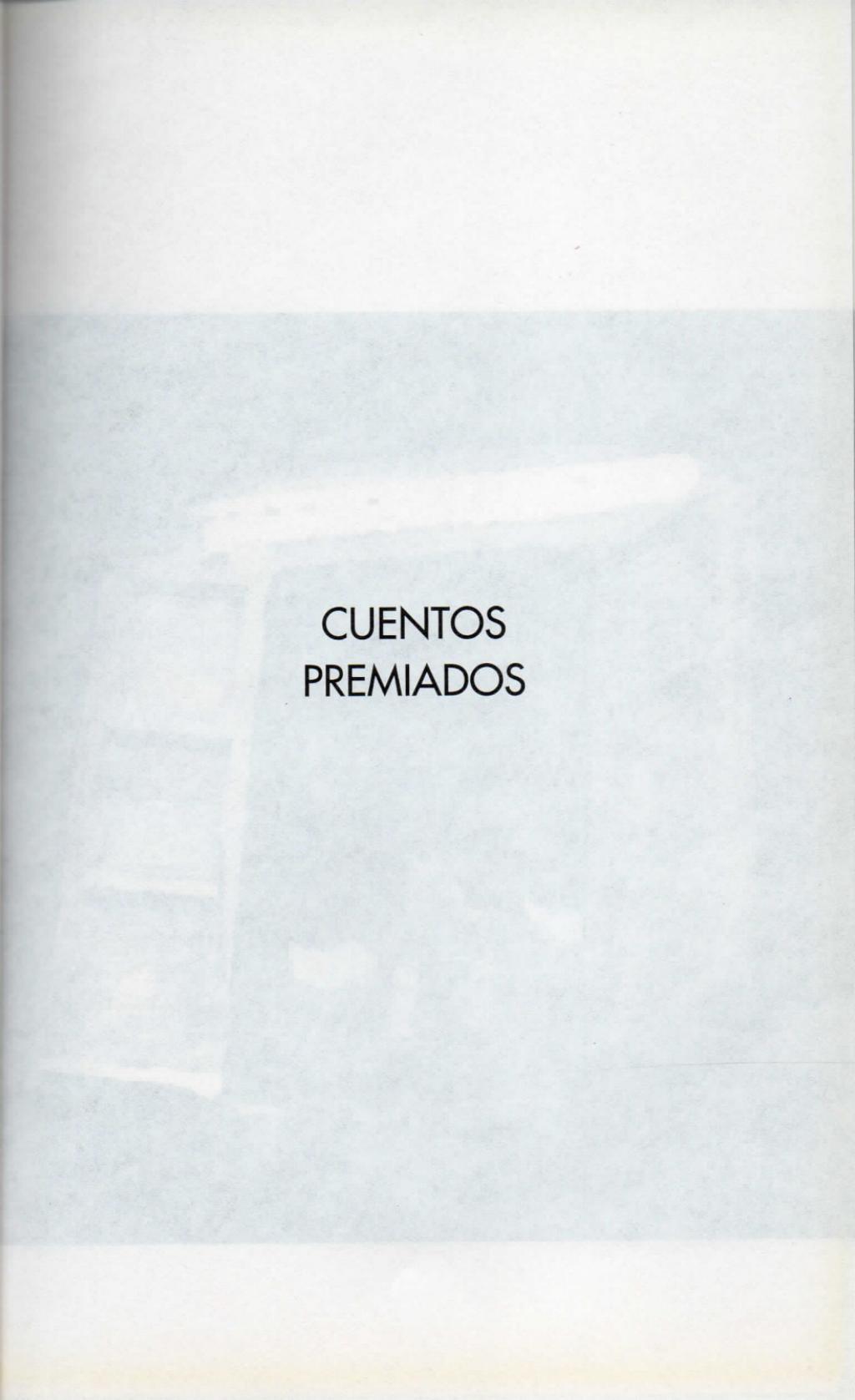
Sin embargo, el escritor, la escritora, no se pierde en el laberinto de la cotidianidad personal y colectiva: siempre encuentra el norte de la aventura

humana a través de ese esfuerzo por volver –narrando- a lo que somos, a lo que vivimos, lo que hacemos, lo que sentimos, como también lo que tratamos de ser, lo que logramos y lo que no alcanzamos. El artista, el escritor, el narrador, vive la vida en profundidad, no solo en extensión. Y en esa medida, nos ayuda a todos a ser más y mejores.

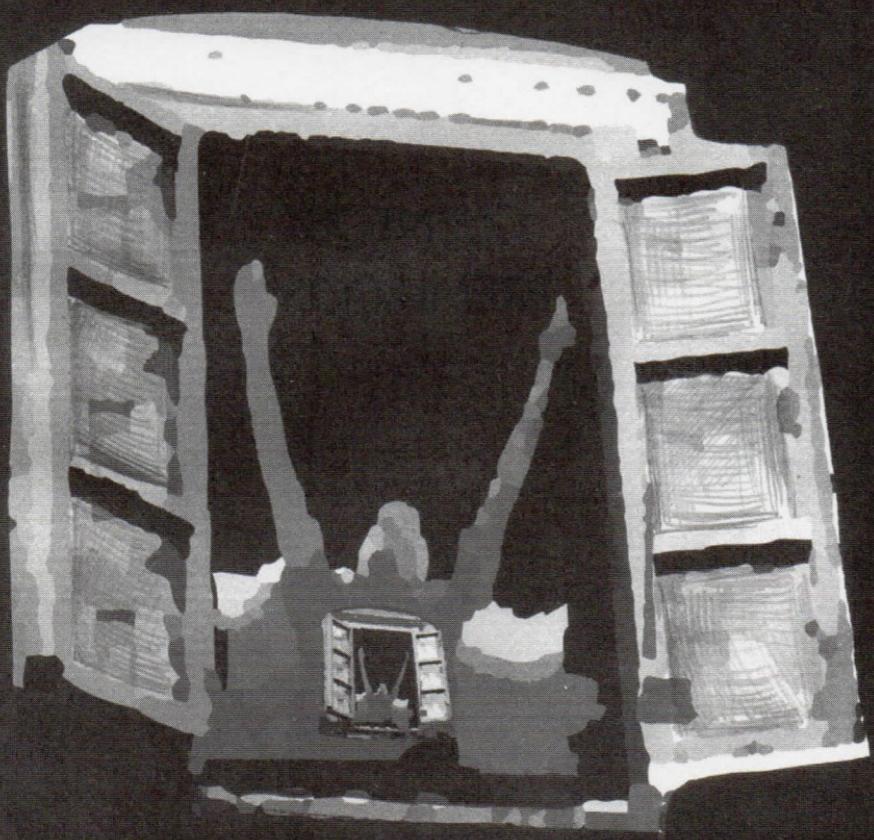
Que esta tarea de escribir, de narrar, no se detenga. A través de sus palabras, de sus historias, es el país mismo que se proyecta, que avanza, que lucha por llegar a ser todo lo que aspira a ser. Por eso, estamos en deuda con ustedes, escritores. Gracias por solo pedirnos el interés de leer sus obras y compartirlas con otros que también las leerán y disfrutarán como nosotros.

*Palabras del Director de Radio Santa María,
P. Eduardo García Tamayo, S.J.
en el acto de proclamación de los
ganadores del XI Concurso de Cuentos.*

19 de marzo de 2004.



CUENTOS
PREMIADOS



EL MONSTRUO

Pseudónimo: Norma

Autor: Roque Diómedes Santos

Fue un viernes cuando Eric finalmente abrió la ventana prohibida. Sería las seis de la tarde. Solo un viento húmedo y fuerte golpeó su rostro adolescente, cerró los ojos y esperó ansioso a que algo terrible le atacara; era lo que había escuchado de la abuela. No hubo tal cosa, nadie habitaba en la oscuridad exterior, solo aquella brisa fría que helaba las orejas. Cerró nuevamente la ventana y lo hizo sin advertir que el monstruo ya estaba dentro, escabulléndose por el cuarto, apoderándose del ambiente. Sin saberlo, aquella brisa húmeda delataba la presencia del monstruo que merodeaba la casa. La abuela se lo había advertido tiempo atrás, en uno de los tantos momentos de lejana sabiduría: aquel monstruo era una maldición de antaño, y todos en la familia habían conseguido mantener sus ventanas y puertas cerradas durante la noche, alejando el animal acuoso de ojos grises. Según la abuela, la familia permanecía intachable, había vencido generación tras generación en su lucha contra el monstruo nocturno. Esperando el ínfimo descuido para entrar y poseerlos a todos, ha-

cerles daño con sus afiladas garras y devorarlos con los agudos dientes de marfil. Sin desliz alguno, desde el anochecer hasta el alba, aquella casa permanecía cerrada a todo, como una vieja cárcel que apaga sus luces. Nadie en su sano juicio osaba salir o llegar, a nadie se le ocurría abrir una puerta o una ventana para recibir quien llegara en medio de la noche. Estaban condenados a guarecerse del monstruo acuoso y su milenaria presencia. Pero Eric ya estaba cansado de tanta soledad, de sus luchas cotidianas contra las advertencias de la abuela, de los miedos que lo restringían a su pequeña habitación. A pesar de su corta edad, la abulia se posaba en sus venas, sin que pudiese entenderla.

La abuela no se enteró de tal hazaña. El propio Eric apenas sintió en su rostro el viento fuerte que entraba por la ventana, pero no consiguió percibir ninguno de los tantos rostros que los antepasados en la familia decían haber visto. Solo después de las ocho, cuando la noche entraña en su juventud plena y al tercer día, Eric consiguió vislumbrar las primeras bromas del monstruo, ya familiarizado con el chico.

A partir de entonces, las noches eran más placenteras.

La relación entre ambos fue grata; aunque al inicio hubo cierta desconfianza de ambas partes (por los prejuicios que otros había sembrado); pero pasados los días, un eterno juego de posi-

bilidades infinitas se abrió y al joven Eric ya no le importaban las prohibiciones de la abuela, o si quería salir por las noches y ella lo amenazaba con romperle la cabeza si lo intentaba o si nunca pudo jugar en la plaza del pueblo con los demás chicos o si se iba haciendo hombre y tenía necesidad de conocer cosas, como los demás amigos lo hacían; nada le importaba a no ser su monstruo. Tenía su monstruo y estaba tan apegado a él que solo quería permanecer descifrando los juegos inverosímiles que le colocaba una vez entrada la noche. Todo lo que sucediera más allá de los límites de su cuarto le era ajeno. El joven Eric ya era otro y lo era porque había descubierto que el monstruo acuoso, no era tal monstruo, sino un maleable juguete con risa, cuerpo rubicundo con la particularidad de poder penetrarlo todo, de metamorfosearse a su antojo, de representar en un mínimo espacio las escenas y los paisajes más agradables que había visto. Era todo un milagro, fuera del mundo, violando las leyes del orden, las de la naturaleza y las de la abuela, cosas que el niño Eric, a fuerza de imaginación y esperanzas, soñaba hacer. El bicho se había convertido en su gran compañía, su amigo nocturno, el juguete alegre que le ayudaba con el tiempo y la soledad de la noche en la enorme casa, aquella casa para dos, donde permanecía eclipsado en la desértica estrechez del cuarto. Con muchos juguetes, pero sin juegos.

Los primeros juegos fueron sencillos, Eric decía una palabra y el monstruo construía una figura

que representara el concepto dicho. Si Eric decía cielo, sobre el fondo azul del techo, el extraño animal representaba con su acuífero cuerpo nubes y soles resplandecientes, buscando imitar el mejor paisaje en cualquier mañana de abril. Por varias noches Eric le pidió todos los paisajes que recordaba del último día de campo con sus padres, antes del accidente fatal que les costó la vida. Eric quería vivir, quería disfrutar de la noche como los demás, pero la abuela se lo impedía, todo por la extraña razón del monstruo que rondaba la casa. Pero, ahora el monstruo ya estaba dentro y, contrario a todo lo dicho, apenas se limitaba a obedecer noche tras noche, como un diminuto e inerme osito de piel que la niña lleva consigo en su regazo, sin temor alguno. Ahora ya no quería salir con los demás chicos, ahora tenía su monstruo de agua bermellón, que también estaba feliz con él, tanto que aprendió el lenguaje de los humanos y pudo balbucear sus primeras palabras. Entonces imitaba a la abuela, fingía que era ella y engañaba a un Eric, temeroso. En un momento de sosiego, Eric le habló al monstruo lo que ella pensaba de él, y le dijo que eran mentiras, que solo era la misma ignorancia que permanecía de boca en boca, año tras año. Él había descubierto la verdad al saber que el monstruo de las noches, no era tal monstruo. Apenas un juguete más, una masilla con vida y con sonrisa aprendida, tan estrepitosa, que despertaba a la abuela en medio de la noche. Pero la abuela era pesada como un saco de papas y se podían sentir sus pasos gigantes sobre el piso de madera. El

monstruo, entonces, aprovechando la oportunidad de mimetizarse nuevamente, tomaba su forma e imitaba sus aletargados pasos sobre la madera, mientras Eric volvía a morirse de la risa, hasta el último segundo, cuando ya se sentía la cercanía de la abuela y, después, había que fingir dormir hasta que ella se marchara nuevamente, sin descubrir nada, sin ver el monstruo que se había mimetizado en su figura. Porque la abuela casi había perdido la visión y olvidaba sus lentes en medio de las ganas del reproche. Y volvían a hacerlo nuevamente, y el niño volvía a morirse de la risa y la abuela volvía con sus pasos prehistórico sobre la madera, con su eterna bata rosada, la que le regaló el abuelo cuando celebraron las bodas de oro. Y así pasaban las noches, jugando, sonriendo, Eric muriendo de risa y la abuela yendo una y otra vez a la habitación, porque había escuchado la risa del niño en medio de la noche y ella temía por las pesadillas después del accidente.

Pasadas las noches y las risas, llegada el alba del nuevo día, la abuela se limitaba a un simple comentario y las acostumbradas preguntas protocolares de matrona aguda, cómo dormiste hijo, ya te cepillaste los dientes, no olvidaste hacer tus tareas, anoche creí escucharte reír otra vez, si tienes pesadillas habla con el padre Cristóbal, que él sabrá como ayudarte, es un hombre de Dios que lo sabe todo, como deben ser los padres. Y Eric que tan solo quiere comerse sus huevos fritos, tomarse el acostumbrado jugo de naranja

y sin azúcar porque las defensas del niño están bajas y hay que protegerlo de la gripe. Eric se apresura a llevarse su tostada para el camino. Un momento de libertad condicionada. En la escuela permanecía ansioso de volver al cuarto, el tiempo no transcurría de la forma esperaba; siempre sospechó que alguien, en algún lugar, controlaba a su antojo el tiempo. Lo imaginaba como una carreta tirada por bueyes enclenques, que alguien chicoteaba cuando le placía. A veces los apresuraba, otras los dejaba ir a paso lento, como cansados de tanto ir hacia algún fin que no se vislumbraba, sino que se alejaba de tanto acercárselle. Sentado en su butaca, el profesor resolviendo problemas abstractos, buscando la posibilidad de imaginar enormes cifra que ayudases a comprender el universo, calcular la distancia que existe entre las galaxias, los años de vida que nos restan en lo que hemos denominado, por consenso de los antepasados, universo; y el niño Eric que no termina de ver el reloj cuando siente que el viejo de la carreta se le ha olvidado chicotear los bueyes y que si la abuela se entera de sus noches de risas, de figuras y escenas de campo sobre la pared del cuarto, entonces sí que lo chicotea de verdad, porque ella ha sido todo el tiempo, dura y sobre-protectora, como nadie; pero por qué todas esas ganas de salir, de caminar, de ser normal como los demás chicos de su edad, que van a las plazas los domingos, a ver las muchachas que ya empezaban a crecerles los senos y que sus faldas eran cada vez más cortas y que algunas intentaba pintarse con un lápiz

labial rojo para sonrojo de sus madres. Pero ahora ya no le importaba, tuvo el valor o la rabia de abrir la ventana y dejar que el monstruo entrara; bueno, si se quiere decir que fue así, porque el niño no está seguro de haber dejado entrar el monstruo, sino que él entró a sus anchas y por más que lo intentase, Eric no podía detenerlo, suerte la suya; porque resultó no ser tan maligno como la abuela había dicho, seguro que eran cuentos, en fin, cositas bobas para mantenerlo en casa encerrado y no dejarlo disfrutar de todo lo que puede disfrutar un chico de su edad.

La noche llegó, esta vez la abuela lo obligó a ver la misa del Papa hasta el final, con la promesa de que al día siguiente comulgaría en la Iglesia, y le pediría la bendición al padre Cristóbal, porque ya lo estaba notando extraño y no quería preocuparse, un niño tan frágil y delicado puede ser víctima de malos espíritus o de mal de ojo, con la carita de su madre, que esa sí era una santa que había llegado pura al matrimonio y había obedecido fielmente a su esposo y como buena esposa, murió al lado de su marido, qué desdicha había sido la suya, su Bartolito había muerto y ahora Dios la probaba de esa manera, no le quedaba otra alternativa que ser fuerte, resistir a la prueba y no dejarse vencer por la tentación que siempre estaba lista para sorprendernos.

Serían las nueve cuando Eric se dispuso a encerrarse en su habitación, sabía que su monstruo lo esperaba; ojalá no se haya impacientado, pensó,

al momento de abrir la puerta y escuchar la voz de la abuela que le reprochaba no haber dado las buenas noches ni esperar la solemne bendición final de su santidad.

El monstruo no estaba, seguro que se había irritado, porque había dejado rastros de sí, como solía hacerlo alguna que otra noche. No dejó pistas de su escondite ni se había transformado en objeto alguno, ni tampoco estaba inmerso en algún cuadro piadoso de la abuela, tocando impúdicamente los pechos de alguna santa o sobre el regazo de la virgen. Se preocupó, se inquietó y comprendió que su monstruo, acostumbrado a sus juegos, no debía estar lejos, tampoco se habría ido (la ventana estaba cerrada) ¿Otro juego más? Empezó la búsqueda, el mote, la voz baja para que la abuela no consiguiera escucharlo y no viniera al cuarto, porque ella ya sospechaba algo, son demasiadas las noches escuchando risas y palabras, que ya tiene sospechar que algo sucede, porque el niño que tiene ojeras, seguro que las pesadillas del accidente han vuelto, la abuela es astuta y se preocupa por todo después de la muerte de mis padres. Ella cree que los niños no se reponen, algo les queda en su cabecita. Por eso no le deja llevar una vida normal, ser uno más y él todavía no tiene la mayoría de edad para tomar el camino de aquellos tíos que se han ido a vivir lejos de la abuela.

Una y otra vez revisa y cuchichea algún mote, recuerda que el monstruo no tiene nombre, deba-

jo de la cama, el monstruo no tiene nombre y, levanta las sábanas, cuando quiere ponerle un nombre, la almohada, o quiso ponerle, un libro debajo de la almohada, un nombre, porque las cosas como las personas deben tener su nombre, tal vez él cree que debe representar un concepto, seguro estará en su intento de buscar una imagen visual y plasmarla sobre la pared, la pared, la pared, tal vez está pegado a la pared. Su mirada rastrea la pared, sin frutos. Los cuadros de la abuela están intactos, ningún ángel lascivo desdeña la escena. Abre nuevamente la ventana y descubre una ventisca fría, como la noche. Tal vez se ha molestado, tal vez se ha ido, piensa. El rostro taciturno, el desgano llega nuevamente antes de su presencia, de sus juegos durante la noche, de su risa imitando la suya y él, que volvía a reír y su monstruo que le imitaba de nuevo provocándole más risa y así, hasta que la abuela dejaba sonar sus pasos de dinosaurio sobre el piso de madera, rumbo a su cuarto y él tenía que fingir que dormía, y el monstruo de agua que ya había tomado la figura de su abuela y se burlaba de ella, de su gordura y de sus senos enormes. Porque la abuela, tanto que había hablado del monstruo y la lucha de sus antepasados con aquella maldición, no conseguía ver al monstruo ni ver la horrible figura que el monstruo hacía de ella.

Desiste, el monstruo no está en su cuarto, no vale más cuchicheos ni más búsqueda, ya no es un juego. El monstruo no está en su cuarto y el

desgano aumenta, la tristeza aumenta, la sensación de aburrimiento vuelve a su presa cotidiana. La misma rabia de entonces se apodera de sus entrañas. Ya no sabe qué hacer, vuelve a su estado anterior, se cierra el paréntesis, tal vez eso sea la felicidad, nada más que un paréntesis en lo cotidiano adverso, un escape del tiempo, para volver a él nuevamente, irremediablemente y sentirlo más poderoso, más implacable. Volver a realidad, como una triste hoja que cae de la rama, como un hombre que ha olvidado su paracaídas en el momento de saltar al vacío. La abuela continúa en la sala, el televisor está encendido. Comienzan a molestarles la horrenda publicidad de los licores nacionales, las endiosadas modelos que no se niegan a nada y les da igual anunciar café sin cafeína, ultra secas o Lemisol y putas las madres que las parió, porque a él ya le da lo mismo, a sus diecisiete, una cosa que la otra. El monstruo, el monstruo, carajo, había conseguido amistarse con alguien sin salir de casa, porque la abuela no lo quiere fuera de casa en las noches, ahora esto, lo deja como siempre, él es quien se queda, los demás parten, los demás lo abandonan y él junto a la abuela y sus historias, sus rosarios y sus miedos a la noche.

La rabia es tanta que está fuera de sí, despierta con el mismo sollozo de otras interminables noches, a solas. En la sala, el televisor está encendido. Se derrumba sobre la cama, gimoteante, y espera lo desconocido, porque así

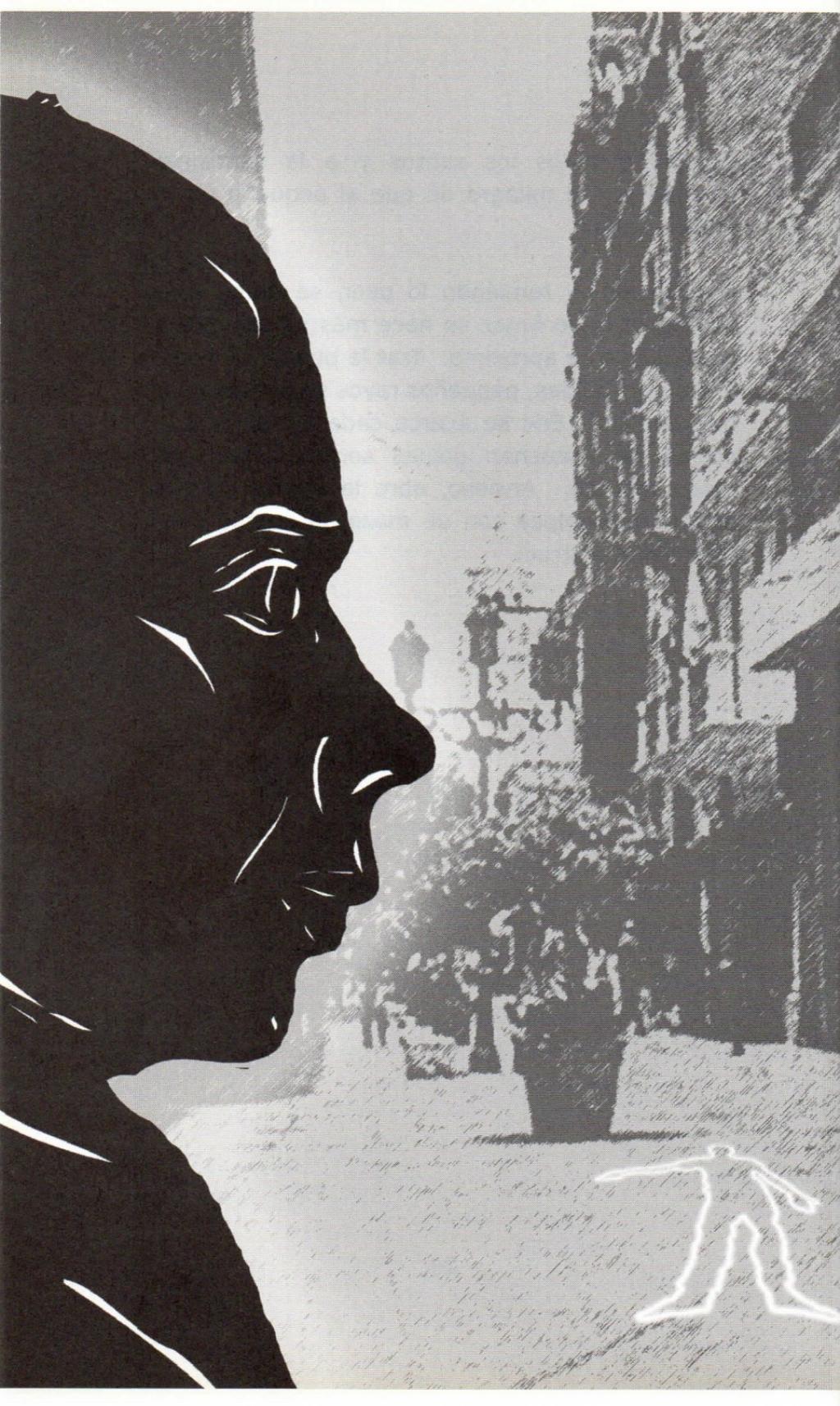
es el tiempo, la soledad y el sufrimiento: más de lo mismo.

El televisor permanece encendido, pasa de la media noche cuando ha despertado. Los ojos semiabiertos, la luz del cuarto le molesta cuando intenta descubrir el mismo espacio después de unas horas de mal dormir. A Eric le resulta extraño que la abuela haya olvidado apagar el televisor; es fastidiosa, pero no es torpe. Se preocupa y se dirige a la sala. Efectivamente, el televisor está encendido, pero la abuela no está en su sillón de forros marrones, con su postura legendaria de matrona prehistórica, como un interdicto de pesado cuerpo. Apaga el televisor y las luces de la sala y camina hacia el cuarto de la abuela (las luces están encendidas); sólo entonces descubre diminutas manchas de sangre incrustadas en la pared. ¿Una broma más de su monstruo?, se pregunta. Sonríe, sabe que su animalito es capaz de todo, tan sólo para provocarlo, irritarlo y después hacerle soltar esa carcajada que escucha por las noches. Una tenue alegría le invade el rostro, si es cierto lo que piensa, su animalito ha regresado o ha desistido de su escondite. Le gustaría pedirle perdón por haberse retrasado por causa de la abuela, ella es así y hay que obedecerla, para que no se moleste. Si aquello era un juego, debe pedirle perdón por no haberlo entendido, le tocó esta vez jugar al estúpido, aunque confiesa que lo hace muchas veces en la escuela, tan solo por las ganas de joderse, de hacerse daño después de tanta abulia.

La abuela no está en su cuarto, las luces están encendidas; hay pequeños goterones de sangre que caen del techo. Eric está seguro, esto es una broma más de su monstruo acuoso, bromista como siempre, quien sin importarle el tono o la razón de sus bromas, las hace, es así de simple. Escucha ruidos en la cocina. Deja las luces de la habitación de la abuela encendidas, tal vez es ella, que ha perdido la noción del tiempo (qué dichosa sería) y realiza algún quehacer a altas horas de la noche. Sonríe. Echa un último vistazo a los goterones rojos que salpican el piso de madera. Entonces se preocupa, le parece que ya no es una broma de su animalito, y de serlo le reprocharía su falta de sentido común, hay ciertas cosas con las que no se puede jugar y sobre todo a ciertas horas de la noche, aunque para ellos la noche es su paraíso. Juro que Eric ya está deseando que... Ahora le preocupa la abuela, de estar en la cocina en algún menester significa que ha perdido toda facultad, entonces es para llenarse de preocupaciones, porque después los tíos se llevarán a la abuela y, después, ¿Qué será de él? ¿Dónde vivirá? Él que apenas consigue sonreírle a sus primos y mirar de soslayo las esposas de sus tíos. Entonces sí se sentirá solo en el mundo, porque la abuela es su todo, después del accidente, por más disgusto y rabia hacia ese afán de tenerlo en casa, buscando siempre negarle la oportunidad a la noche, o a la muerte, de arrebatarárselo (que en el caso de la abuela eran una y la misma cosa), como le arrebató a su hija querida y su adorado yerno.

Gracias a todos los santos y a la santísima trinidad por el milagro de que al pequeño no le pasara nada.

Preocupado, y temiendo lo peor, se dirige a la cocina, el ruido fugaz se hace más persistente a medida que se aproxima. Tras la puerta las luces están encendidas, pequeños rayos se escapan por las rendijas. Eric se acerca cada vez más a la cocina, se escuchan golpes sordos sobre una masa robusta. Ansioso, abre la puerta: es la abuela que golpea con un mazo, el cuerpo pastoso del monstruo.



ANTES QUE LA LUZ SE ACABE

Seudónimo: Guasa-Guasa

Autor: Aquiles Julián

Miró la calle El Conde de nuevo y sobre el torbellino de transeúntes, viandantes, choferes, policías y simples mirones, superpuso otra imagen de la misma calle con los letreros que sobresalían, los carros apretujados, las bocinas y luego otra imagen más antigua de la calle con menos carros, menos letreros y luego otra y otra, hasta que la memoria se resolvió en imágenes propias y soñadas, imágenes que cobraban vida desde fotografías y de relatos. El Conde, 1910, de recuerdos de otros, y simultáneamente comenzó en sus oídos a retumbar el eco de pasos, cascos, marchas, un torrente de voces que caían con un empuje sordo, como si ahora se agolpara todo, hasta el sudor de los albañiles que habían levantado estos edificios, las montoneras, los centelleantes desfiles de los caudillos victoriosos, las distintas tropas de ocupación, los españoles de la antigua colonia, todo haciéndose presente en este banco de la 19 de marzo en que estaba sentado

viendo caer la tarde, y sintió sobre su piel el áspero roce de tanto dolor pendiente, de tanta iniquidad. Un calor repentino se encendió en su interior, y sudó; una humedad torva que se agrupó en gotitas sobre su frente, sobre sus labios, que brilló en su cuello. Luego fue el frío, un frío benévolos que invitaba a arrullarse. ¿Y esto es El Conde? ¿En esto terminó? Miró a ambos lados, el flujo incesante de gente que se movía impulsado por sabe Dios qué razones. La calle fue perdiendo su amistoso perfil, tornándose extraña. Como si tanto latrocínio, tanto abuso sufrido, tanto pie que pisó sus adoquines, se la robara a su corazón. Ya no es la misma, pensó. No soy el mismo, le surgió como un eco dentro, casi como una canción: Ya no eres la misma ni yo soy el mismo... Así es. No es lo mismo, nada es lo mismo, y sin embargo... y su mirada se desplazó alrededor del trágico de gente que iba y venía, y se sintió en un lugar extraño en un momento extraño, un extranjero. "Ahora soy como un extraño aquí. Este ya no es mi país. Cambió, se volvió otro", pensó. Así sería viajar en el tiempo, una sensación de inadecuación, de estar en el lugar equivocado. Por aquí corrí, pensó, armado, con el corazón que ardía, dispuesto a matarme con los yankis, con el CEFA, con los tutumpotes. ¿De qué valió todo esto? Pensó. ¿Es así siempre la vida? Una pérdida continua de razón de ser. Lo que ayer nos levantó en vilo con su fuerza hoy no tiene sentido. El viejo

amor que nos perdió en su fuego hoy es una derrota que nos apena. Había viajado desde el frío Boston, desde aquel exilio gris. Una llamada, varias llamadas, ¿Cómo lo localizaron? No importa. "Sería para nosotros un honor que estuvieras..." ¡40 años! iban a celebrar los 40 años de aquella insurrección fallida! "Estarán todos los sobrevivientes. Vamos a recorrer de nuevo la ruta de Manolo..." ¡Volver a Santo Domingo! Un reencuentro... ¿Cómo estarán los muchachos? Eran jóvenes todavía en sus recuerdos, arrojados, apasionados, con un sueño tan inmenso que se le desbordaba poro a poro. Y él que creía que ya nada podría volver a encender este incendio impetuoso en su corazón. Y la voz, al otro lado del teléfono, te dijo que querían oírlo a él también cantar a coro el himno y entonó: "Llegaron llenos de patriotismo..." Y él no pudo seguir, lo intentó y la voz se derrumbó en sollozos, dos gruesas lágrimas mojándole el pullover, mientras el compromiso apenas pudo ser musitado. Sí iré... Y el resto de la tarde, la noche, y los días siguientes se le llenaron de gestos, de arengas de discursos... Al final los discursos solo sirven para reírse de lo ingenuo que fuimos, pensó. Aquí, el Edificio Baquero, El Conde, que era el centro del mundo, de la vida. Se levantó y dio el primer paso hacia delante. Bueno, ¿qué importa todo? Había regresado, al fin. Fue a los actos, saludó a los viejos amigos y a los viejos rivales y a jóvenes que le miraban con la admiración de quien se

piensa incapaz de lograr lo que el otro logró. ¿Y qué logramos?, pensó. Y decidió avanzar, un paso, otro paso, a cualquier lugar, irrazonablemente caminar antes que el día se marche para siempre y que la luz se acabe.

De repente, al levantar el pie cruzando la José Reyes con El Conde, frente a R. Esteva & Cía, su vida le llegó de golpe de nuevo y le inundó los ojos. Imágenes superpuestas, como en acetatos, confusas unas sobre otras y un rumor de voces que se amelcochaban, una sensación sorda dentro. Trastabilló, un tanto desequilibrado, frente a la fiebre de tanta vida recordada de golpe, de tanto frenesí, de tanta ilusión rota. Era él en distintos momentos. ¿Era él? ¿El seguía siendo él? No, eran otros él, extraños, como si hubiese habitado esos cuerpos, pero, ¡Qué ajenos eran ahora!, ¡Cuánta distancia desde este él de hoy a aquellos él que se sucedían, sobreponiéndose! Cuerpos distintos, saberes distintos, gustos distintos, sueños distintos. Pero siempre convicciones, anhelos, seguridades, esperanzas... ¿Qué queda de uno al final?, pensó, rápido, absorbido por el torbellino de imágenes, de experiencias... Allí estaban las pelas, su papá voceándole, que le lavara el carro, algo que siempre odió, y todavía un poco de ese ardor se encendió adentro, de repudio; los maroteos por Matahambre, mangos, guayabas, las avispas y la aventura de cruzar los potreros..., y ante sus ojos se desplegó la sabana, las matas de mango salteadas, una aquí, otra allá y dentro del verdor los amarillos rojizos dulces

mangos maduros, las cercas de alambre de púas, el olor de la brisa a boñiga de vaca, el pajonal por el que se camina mientras el corazón se le iba llenando de cadillos... las avispas, carajo, mangos y avispas, siempre. La escuela, los profesores, las tareas y el trúcalo y la mangulina, el pisacolá y el topao y el corredero desde el palo de luz de la esquina de la Espaillat con Monseñor Nouel en que se consumían las noches y todo allí, de nuevo, frente a sus ojos, para que lo miraba. ¿Qué vaina es esta?, pensó ¿Me estaré enfermando? Y sin embargo, se sentía vivo, intensamente vivo, demasiado vivo, diría. Más vivo que todos aquellos que le pasaban al lado ignorando la sangre que pulía la calle, el rencor que soldaba los adoquines. El sí vivía aquello, todo le borboteara dentro, como si su piel ahora cobrara una sensibilidad extrema, y por ella desfilaran las brisas y los empujones, las caricias y los correazos, las picadas de avispas y los manoseos, lo maravilloso y lo doloroso, todo junto, embrollado, rozándose en su piel, enervando cada poro, cada vello... Y frente a él una calle que se volvía otras calles que eran la misma, rostros perdido que se actualizaban y le saludaban y él los veía casi transparentes sobre el bullicio y el gentío que se movía ahora. El Conde hoy ya no es El Conde. Estos no lo conocen. ¿Qué vaina es esta?, pensó, ¿Por qué tantos recuerdos, tantas remembranzas? Volteó hacia la Palo Hincado, hacia el Baluarte. Sintió ganas de ir al cementerio de la Independencia (para juntarme con mis muertos, se dijo) y un leve susto le estremeció de pronto, un lengüeta-

zo salobre, frío y rápido en su espalda, una puñalada amarga en su ánimo. Tuvieron suerte, se dijo a sí mismo, de no ver esto. Pero, allí, golpeantes, persistían las imágenes de los amigos, el Roxi, pero el Roxi ya no existe, ni Viterbo, ni Máximo, ni los comandos, ni el 1J4 ni las banderas encendidas al sol, y, entonces, por qué estaban ellos allí preguntándole, ¿Qué tú crees? ¿Que qué creo de qué? ¿Qué crees que va a pasar en este país? ¿Y qué carajo va a pasar? ¡Nada! ¿Cuándo aquí ha pasado algo, Viterbo? A Viterbo se lo comió vivo un cáncer del pulmón, se fumó sus 43 años de golpe. Lo vio de nuevo consumirse, flaco, los dedos largos y temblorosos sacando el cigarrillo... "Ya me jodí, así que no me voy a quitar el gusto de mierda este que me mató" y lo encendía y lo fumaba con una secreta furia... Una pequeña y última victoria. Y entonces, Viterbo allí, ¿Desde dónde? Le preguntaba, ¿Cómo fue todo? ¿Qué pasó desde que me fui? La misma mierda, Viterbo, ¿Qué te dije? ¿No te dije que aquí todo es lo mismo? Yo mismo terminé en Boston... Y le calló la boca para que no le preguntara de política, de partidos, porque era justo, pensó, que allí, en la muerte, Viterbo no supiera, no se enterara... Para que amargarle la muerte después de haber vivido tantas amarguras en vida, para qué ensombrecer más aquella vida consumida en colillas y colillas, en cajetillas inmensas de Montecarlo, auténtico sabor... Máximo estaba detrás, callado, mirándole con aquellos ojos desconsolados, ojos de quien se rinde y se abandona, convencido de la fatalidad

de todo lo que se haga. Máximo no preguntaba. ¿Acaso sabía? ¿Acaso supo siempre? Pero, ¿quién iba a imaginarse que todo fuese así? ¿Quién, que luego de tanta furia y tanta sangre y tantas palabras y promesas, todo concluiría en lo mismo? Futuro de mierda, mejor no hubiese llegado, pensó fugazmente; porque el futuro, ese hoy que le asqueaba, estaba allí, junto al pasado, imágenes sobre imágenes, mierda de futuro, porque por lo menos en aquella época creíamos en algo, teníamos una fe, una convicción, sueños, nos jugábamos cada minuto a nuestras certezas, y ahora, ¿dónde estaban las certezas? Un montón de estiércol de perro bajo la rueda de los carros de concho frente al Baluarte. ¿Sólo eso? Dentro no resonaba nada, y Máximo estaba allí, mirándole, a él, al pobre Máximo, lo evaporaron una noche y nunca nadie supo nada. Simplemente desapareció. En la Policía le preguntaron: ¿No se habrá ido en yola? ¡En yola, Máximo, que temía al agua y no sabía nadar! Él, sin embargo, terminó yéndose y no en yola, en avión, hacia Boston donde vivía su hijo que era lo único que le quedaba. ¿Y Máximo? ¿Y los comités de apoyo que luego fueron sustituidos por otros comités de apoyo que luego también fueron sustituidos por otros, porque cada desaparecido traía uno consigo y el nuevo escándalo diluía al anterior? Y ahora no se sabe, Máximo, a quien reclamar por ti, pensó. Los verdugos llegaron a generales y fueron retirados con honores, y su sueño no se perturba. Se hizo lo que se tuvo que hacer para salvar la patria. ¿La patria de quién? ¿La de

Máximo? Y luego se inscribieron en los viejos partidos de oposición y fueron reivindicados como justos y le fueron perdonados los pecados y los desaparecidos se olvidaron porque vivos estaban aquellos, los verdugos y por vivos eran útiles y además, sabían cómo se hacían las cosas, así que, Máximo, ¿a quién, sino a tu madre, que murió, le dolería que tu desaparición quedara en el olvido? Y ahora todo está tan mezclado y tan confuso, y tus antiguos amigos andan con los que te evaporaron y no es de buen gusto empañar la nueva amistad con preguntas por un Máximo que ya ni memoria es, solo olvido y silencio. Y eso fue lo verdaderamente triste de todo, recibir las tarjetas con el escudo encima, ver los vehículos de lujo y oír de nuevo jurar solemnemente sobre la tumba de los muertos promesas que suenan bien, para que la prensa las reseñe, pero al final acomodarse y decirle qué bonito era Boston, qué país ese Estados Unidos y sin embargo, qué pela que le dimos, ¿eh? Tus amigos, Máximo, hoy abrazan a tus verdugos y beben de la misma copa. ¿Entiendes? Y él asintió, como si le oyera pensar y comprendiera, sin dolor, sin acusar a nadie, sin reproche, como si siempre hubiese sabido todo y el único ingenuo fuese él, no Máximo que siempre supo, ni Viterbo, que ya sabía porque la muerte da sabiduría. Un ardor torvo le comenzó a subir desde el estómago, cruzando la Santomé. Un nudo amargo en la garganta. Un calor inusitado entre los ojos. ¿A quién vamos a hablar por ti, muchacho?, ¿A quién decirle de Máximo, que un día nunca regresó ni se supo de él, que no tiene

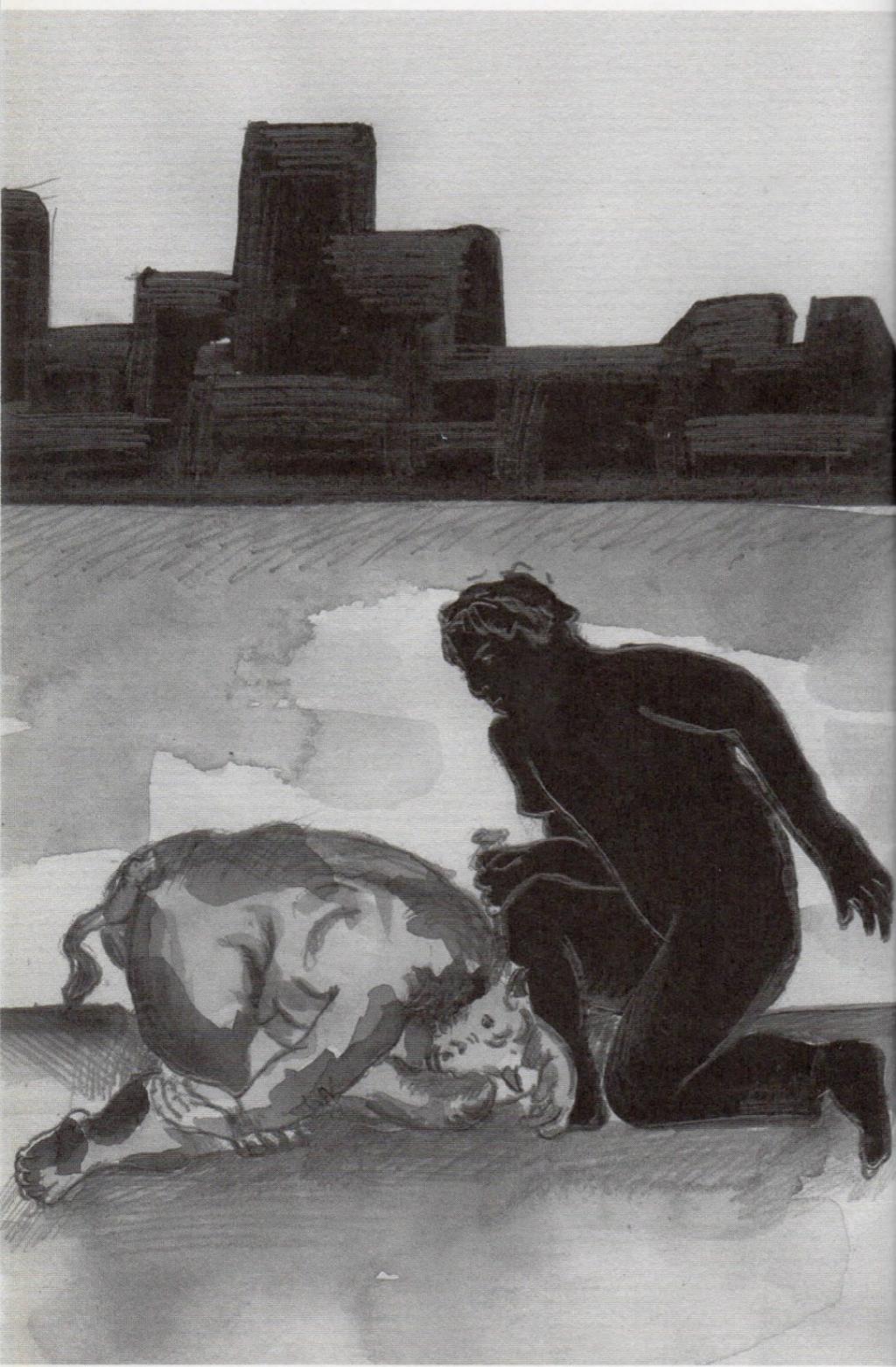
tumba ni lápida, ni fecha para misa de recordación, y que tal vez ya solo él lo recuerda, caminando por El Conde peatonal? Y decidió echar el pie hacia delante, moverse en el crepúsculo, sacudir tantos amigos idos, tantas vivencias inútiles, tantos sueños pisoteados por los videnteros y los jóvenes que reían, jugueteaban, pasándole al lado. ¡Qué injusta es la juventud! ¡No sabe!, pensó. Y tampoco le importa. ¿Y para qué sucedió todo, Máximo, para esto? Y él le volvió a mirar callado, entornó los ojos y no supo cómo explicar aquello. ¿Y tú Viterbo? ¿Cuál es la diferencia de quien se muere ahora con quien se murió antes? Aquel murió sin saber, Viterbo. No vió lo que vino. Murió preñado de inocencia, creyendo en sus sueños. Seguro de que un día las tinieblas darán paso a la luz y el mundo se compondría para los que siempre han sufrido y padecido. Yo no tengo esa suerte. Ustedes murieron con un sueño en los ojos, yo moriré de asco o de desengaño. A mí me mataron dentro, antes de que me pudra afuera.

Uno se va llenando de muertos y de muerte, pensó. Como un cementerio ambulante, muerta también la esperanza, mientras se miran con compasión los rostros encandilados de quienes todavía sueñan. Otros sueños bullen en esos ojos, pero son sueños. Yo sé lo que es soñar, bien que lo sé. Detecto un sueño con solo ver la cara, porque los ojos arden, el rostro irradia luz, hay algo que vibra y bulle y se golpea, irrumpre, explota, salta, convoca, añade, silba, congrega,

canta, contagia, abarca, abraza y nos hermana, ¡Claro que sé cuando la gente sueña! Y también sé cómo los sueños se derrumban, cómo se hunde uno en el cieno, cómo de sueño a cieno hay solo un paso. Cuando despierten a la pesadilla, ellos también lo sabrán, pensó. Y caminó, caminó por la calle en la que resonaban las ráfagas y los discursos. Con el Baluarte al fondo se fue acercando a la calle Espaillat. ¡A la Espaillat! A esa Espaillat de su infancia y de su adolescencia y desde las azoteas donde hoy revolotean palomas indiferentes sintió caer las piedras y el rechazo a la vieja dictadura, sintió el arrojo temario de los todavía niños. Y también los disparos, los culatazos, las palabras infames... Faltan esas piedras, faltan. No cayeron suficientes. No fueron suficientes... Hizo algunos gestos con los brazos, como convocándolas de nuevo, frente a la indiferencia de la gente. Habría que volver a ocupar las azoteas y apedrear de nuevo, gritar de nuevo, rebobinar la cinta y enderezar tanta energía dispersa e inútil y moral. Y mientras el sol lamía las paredes carcomidas y algunas palomas alzaban vuelo, él cruzaba la Espaillat a la caída de la tarde, con las primeras sombras anunciándose. Un asomo de lágrimas enturbió su mirada, le desdibujó el mundo. ¡40 años! ¡40 años de que nos empujaran a una encerrona y nos aniquilaran sin misericordia! ¿Y todo para echar discursos? ¿Todo para terminar amancebados? Un moreno delgado, con una cachucha descolorida y una planilla de billetes en la mano se le acercó. "Diez millones en el espe-

cial, mi don", le dijo. Le miró y no sabe qué le dijo con aquella mirada que el moreno quedó tieso, enmudeció y luego se le alejó sin decir nada. Escuchó de nuevo sobre los bocinazos, los pregones, el bullicio vespertino, el vuelo rasante de los aviones, el tableteo de las ametralladoras, el retumbe de los altoparlantes, los discursos, aplausos, decisiones... Sean mis primeras palabras, las escarpadas montañas, vengo a devolver al pueblo... Las escarpadas montañas están peladas, desforestadas, ahí no sobrevive nadie. Fue una locura aquello ¿Qué guerrilla puede sobrevivir comiendo lagartijas? ¿No sería ese el sentido de tanta tala, de tanta destrucción? ¡Quién sabe! Decenas de ríos y arroyos secos, perdidos para siempre... El país convirtiéndose en un peñón estéril ¡Con el Baluarte al fondo! Y, de pronto, empezó a remontar tanta baba, tanto discursos, tarjas, poemas dedicados, actos de conmemoración, explicaciones y justificaciones... Estaba ahora claro nuevamente para él. Viterbo, Máximo... ¡Ese era el reencuentro!, el verdadero, para eso regresó de Boston, del frío, de la indiferencia letal de aquel país. Miró al fondo el Baluarte... Mientras no se escarmiente a los traidores... Duarte sabía lo suyo. Nos empujaron a decisiones equivocadas, nos provocaron y cedimos, pensó. Pero hubo valor, entrega, y lo que importa al final es esa entrega, no importa lo que digan ni lo que piensen ni lo que argumenten ni lo que expliquen ni lo que justifiquen los cobardes que, normalmente, son los que sobreviven. El caminó sintiéndose ligero, acompañado, rompien-

do amarras, recobrando la luz, el sueño, la decisión unánime a cada paso, con Viterbo, con Máximo, cada vez más con ellos, un paso, otro, hacia el Baluarte siempre, descostrándose de la vida, de la mugre cotidiana, de tantas prostitutas, venduteros, transeúntes, turistas, taxistas, policías, simples parroquianos de una calle cuya gloria se esfumó para siempre. A cada paso toda esa realidad inmunda desapareciendo, y él cada vez más junto con el Viterbo y el Máximo y las antiguas consignas cuyo lustre se recupera y vuelven a brillar, a resonar, amplificadas, las viejas consignas y los viejos heroísmos que retornan con una fuerza ciega, y viendo revolotear al sol que nace las amadas banderas, mientras las voces de los líderes pronuncian de nuevo los discursos de entrega, de decisión heroica, de sacrificio inmenso y desinteresado. Y él avanzando hacia el Baluarte, desligándose de una vida que no le interesa en nada y caminando, caminando, hacia el Baluarte siempre, no importan los carros, el tráfico imprudente, el alerta, el bullicio, los frenos que chirriaron y los gritos de espanto... moviéndose hacia el Baluarte siempre, con Viterbo y con Máximo, mientras suena, glorioso, el Himno del 14 y él musita, roto en el pavimento, que también él llegó lleno de patriotismo, enamorado de un puro ideal, dispuesto él, a alcanzar el Baluarte, a ser libre o morir, aún sea arrastrándose al final del día, hacia el Baluarte, antes de que la luz se acabe.



CASI UN MINOTAURO

Seudónimo: Ulises

Autor: Ricardo Nieves

"La historia, a veces, obliga a coincidir la suerte de hombres y animales, se convierte en una enmarañada contienda que va más allá de la disputa que tensan lo racional y lo irracional, lo que, de alguna manera y al decir Borges, importa muy poco, si a final de cuentas domina un destino común".

El toro penetró al matadero unos segundos antes que el licenciado al ascensor. Separados por una singular distancia, el matadero, rústico y artesanal, remataba hacia el sur, los albañales periféricos de la histórica ciudad, el ascensor, en cambio, pieza maestra y glamour de las grandes edificaciones, se podía contar entre múltiples aparatos que, por lo mismo, movilizaban los centros de las plazas recién construidas.

Temerosas, las patas del animal al principio se resistieron y el pellejo, grueso y evasivo, brillaba por momentos en la penumbra incierta del cobertizo lodoso y estrecho. Temblaba entero, estremecido por el velo paradójico del pavor, quién sabe si, frívola la superstición o probable certeza, por esa especie de instintiva sospecha

que afloró en el bovino, algo que lo anticipaba, ante el inminente olor a muerte que transpiraban los muros del matadero, de su destino fatal e inevitable.

El licenciado, por su parte, hombre de casta firme, iba sonriente. (Entiéndase que no hubo, ni antes ni después, un solo elemento razonable que vinculara a este señor, ejecutivo por demás, con aquel paraje fangoso y mugriento del matadero municipal). En frac marrón y corbata lechosa, silbando, llegó a uno de los elevadísimos edificios y, entre varios ascensores disponibles, eligió el número tres. Sin hablar, cultura dominante en los ascensores modernos, adentro ya, apenas se percató de los tres hombres que, a la par, venían detrás, y quienes también como él, subirán hasta el piso treinta y seis. Por su facha juvenil y el tinte rebelde de sus vestimentas, se le antojaron, a primera vista, epígonos del arte de la post modernidad.

En un abrir y cerrar de ojos, como los hechos que a continuación concurrieron, el ascensor empezó a subir, vertiginosamente. Contrastando la suerte del toro que de momento se resistió y despachaba pisadas toscas y resbaladizas en su callejón de miedo, el licenciado, un día más, anclado en la seguridad de aquella jaula de metal pulido, se sintió sereno. Sin adulterar un miligramo de su entusiasmo gradual, ascendente. Dominaba un silencio hermético, pues, quién osaría negarlo, los occidentales, dueños por antonomasia de las

mayores proezas que dispensó el lenguaje, adolecen ahora, sin embargo, del síndrome incipiente de callar. Y todo por esa conducta debutante y tan accidentalmente cierta de esperar, esperar a que se dé en el otro el milagro infrecuente de hablar. ¡Hablar! Ese decir con palabras las cosas, cotidianas o no, las que por siglos debieron servir a la razón práctica del vivir, compartir, vincular... Sea como fuere, nadie en el ascensor número tres quiso romper el cerco glacial de ese silencio ocasional y compartido. Es obvio que abajo, en el matadero, por infériles e ineficaces, tampoco florecieron palabras. La historia, pues, arriba y abajo y en lo adelante, a partir de estos incidentes vulgares e inestimables, mediados por el mutismo, empezó a trillar un sendero común, a buscar un paralelo, y, por consiguiente, a emparejar dos destinos dispersos, irreconciliablemente opuestos y, a todas luces, heterogéneos.

(El destino. Recuérdese, acaso sería digno repetirlo aquí, la suerte taurina, conforme se ha escrito, incluso con anterioridad al período diluviano, parecería estar gobernada por la fuerza impasible del degolladero, ya que, energética y sagrada, se cierne sobre esta especie la recia conminación de un trashumar agónico, sacrificado. No ha sido este, a su vez, el destino del hombre, a quien muy a contrapelo de las curvaturas que, por bendición o maldición, muchas veces operan en su suerte, le está reservado a apostar con promisoria y vasta heredad, a una longeva dicha y futura felicidad...)

De su lado, vencido por la mudez natural de su herencia y el empuje maquinal de su predestinada utilidad al sacrificio, al toro se obligaba a tropezones, trotando para completar el escaso trecho de la galería mortal que lo aguardaba y que, en lo sucesivo, aguardaría por toda su descendencia boyuna. Entretanto, arriba, grosera casualidad o ensortijada coincidencia, el licenciado se apoyó en el lateral derecho del ascensor, al mismo tiempo que, abajo, sacudido y diezmado en su brío interior, el toro se contorneó, rozando ya sin violencia la pestilente humedad del tabique derecho, ensangrentándose. Los globos oculares del animal, manchado por los mapas difusos que despidió la niebla del amanecer, avistaban, empañado, al matarife: su silueta abigarrada y grotesca en el fondo gris. El pellejo, veteado por la oscuridad de las cicatrices antiguas, pareció encogerse más, y sus ojos, pupilas convexas y torpes, presagiando el latigazo silente, se ensancharon gravemente. De ser permitida la comparación, en razón, de que se alude a un ser irracional, casi podría asegurarse que, por mucho y repetidamente, el toro pestañó varias veces, sí, de manera descosida y acuosa. Un hilo de baba estirada y viscosa, verde-amarillenta, se tendió de su boca a lo oscuro de la mugre en el suelo.

Por lo que se sabe y el empírico saber demuestra, hábito continuo es costumbre que envejece. Y por ello, con tan sólo darse cuenta que atravesaba el piso número quince, el licenciado inició por

desatar, con limitada exactitud y tino elegante, el nudo galo de su corbata. Aquí, es de rigor resumirlo así: cuando abajo, al breve término de su pasadizo sentinesco, el toro se tambaleaba pestañando; arriba, en su rectángulo ensamblado, el licenciado volvió a remitir un hábito que, por el mero hecho de llegar al decimoquinto piso, se había convertido, para él, en normas inapelables. Señal incuestionable, también, de la natural y ejecutiva impaciencia del hombre que encarnó, a capa y espada, la nueva maravilla viviente: el arte de negociar. Era, como suele llamárselle en apropiado lenguaje snob, un auténtico businessman de la época.

Corbata desatada a la mitad, maletín de leather en la mano derecha, desabotonándose el frac, acabó de ascender al piso veintisiete. Nueve pisos le separaban de su destino, el piso treinta y seis. Para el toro, asignado en el reverso de esta historia, tras llegar al final abrupto del pasillo, el camino estaba agotado, y un segundo hombre, emergió de las sombras y, látigo en manos, trabó con agilidad ecuestre la portezuela de madera sucia, dejándolo, en el mejor de los casos, listo para que el matarife, a toca teja, hiciese galas instantáneas de su pericia carnícera. Bien al fondo, la parte más oscura del corredor, con disimulada ingenuidad, frotando el garrote entre sus manos, el matarife se movió, esperando. Casi distraído, como suelen esperar los expertos. Mano, garrote y hombre, símbolos constitutivos de irónico terror, ante los ojos exaltados del ani-

mal, imagen presumible y vaga, pero en esencia tan real. En un sentido más humano y reflexivo se diría que el toro, cuando menos, logró aproximarse a un difumino raudo de la idea, la percepción general. Enturbiado y preliminar, una haz de luz solar pugnó perforando algunos orificios del lugar, iluminando con dificultad el tablón de sacrificios, y de paso vino a competir con el destello pobre de la lámpara colgante telaraña azul. Antes todavía, el animal tuvo tiempo de conjeturar, nueva vez, la imagen estólica del matador que, a contraluz, desdibujaba una figurilla maltrecha y estrafalaria. Buscando una aproximación lingüística, análoga al sentimiento animal (o hasta donde permitiesen los vocablos estrictamente necesarios), cierto es que el animal no pensó, pero se adivinó en él un olfato descubridor, capaz de presentir que en aquel personaje minúsculo, expiatorio, sobraban en demasía las ganas más incontestables de descargar, de una buena vez, el mazo certero que habría de derribarlo sin más.

Desde tan considerable altura el mundo (de abajo) en realidad apenas se vislumbra y comienza a verse pequeño, y desde allá, el piso veintinueve, resuelto y sosegado, el licenciado prefiguró los cálculos preambulares del que, con un céntimo de suerte, sería otro día apretado en la suite, bien que nunca se apartaría del exceso lustroso de lo confortable. Volvió la vista a su reloj, cerró los ojos complacido, apenas sonriente echó un ojo, un vistazo parcial y en un mismo plano y

escudriñó con ligereza los tres rostros helados, acompañantes fortuitos y parcos. Correspondió con las recíprocas miradas de los muchachones, le agració sobremanera la chanza del mayor, que a guisa de un movimiento tauromáquico, gesticuló cortésmente, cediéndole el paso y la puerta. Llenó sus pulmones de aire fresco, reprimió una risotada de ciernes, y terminó de sellar su creencia inicial de que ese joven, torero simulador, era la soberana afirmación de un artista postmoderno, arquitecto o acaso diseñador.

Abajo, muy abajo, vale decir en los segundos finales en que el toro convidó los últimos rudimentos de su vaciedad presente, al fragor de su más precario temblor, todo artificio de supervivencia quedó borrado. Frente al matarife, que levantó el garrote con ambas manos, la bestia, para decirlo de algún modo infeliz y llano, entendió que el mundo era espacio pequeñísimo y, a la postre, innecesario.

Arribó al piso treinta y cinco el licenciado, casi sonriente todavía. Contuvo un bostezo mezquino, tosió sin motivos aparentes y, por pura repetición mecánica, terminó de desatar el nudo de la corbata, y es aquí, entre episodios rutinarios y momentos fugaces cuando los hechos, ioh paradoja!, buscaron, arriba y abajo, similitud, se sucedieron veloces, sincrónicas, emparejadas (iah, cruel infortunio, esta imposibilidad enconosa, no poder cotejar, simultáneos, los dos hechos, contar en una sola lectura lo que ha ocu-

rrido en sendos lugares distintos en un mismo y único instante, o lo que es igual, decirlo en un solo acto!): "el maletín resbaló de su mano derecha de forma brusca y desconsiderada, arrebatado, a su vez, el toro, resbaló de la pata izquierda y sin recursos que invocar, bajó la testuz en resignada y mortecina reverencia, instante exacto en que al licenciado los tres hombres, navajas en mano, le obligaron a inclinar la cabeza y exhibir al desnudo la cerviz, el cuello cilíndrico y rosado, inequívoco para el animal, el garrotazo fue seco y bárbaro: hizo blanco en plena bóveda craneana y estalló en un mugido callado y ronco como el de un ritual sagrado, desnucado de no mejor manera, el licenciado gimió implorante frente a los ojos grises de aquel (¿arquitecto o diseñador?) que lo destazó de un solo tajo oblicuo y alargado, las patas delanteras de la bestia crujieron y cayó arrodillada, si es que (ateniéndose a los rigores de la razón), un animal pudiera arrodillarse, y se produjo la caótica sensación de un ruido desgarrado al punto en que, madera y lodo, acogieron con sórdida pesadez al cuerpo del toro, desplomándose, el piso del ascensor, por igual, recibió el cuerpo monumental del licenciado, quien, medio quebrado, volvió a emitir un gemido atorado y sin peso, el que no alcanzó, propiamente, la madurez o la plena sonoridad del llanto, de hombre y animal, los quejidos, se unieron en la distancia en un único y solitario eco de dolor, casi imperceptible, perdido, lejano, nunca antes habrá de suponerse, mugido y llanto se parecieron (o confundieron) tanto, cuando el

ascensor se detuvo en el piso treinta y seis y las dos hojas de metal se abrieron y enseñaron el piso alfombrado del ascensor ya una intensa mancha de sangre, abajo se dejó escuchar un último resuello, si no fallido, imponderable.

Había comenzado el día, voces y gritos de todos los colores, bocinas y ronquidos, estruendos de motores, y un enorme hormiguero humano se apoderó de todas las calles de la ciudad. Allí un hombre nada convencido, suspiró con desaire vulgar:

-Había que verlo. Por un momento se arrodilló, dando bramidos... y hasta quiso correr en cuatro patas.



LA ÚLTIMA CARTA

Pseudónimo: Poe

Autor: Franklin Alvarez

José Antonio, miró la carta como si tratase de un padre frente a su hijo fallecido, la sucedió como si así pudiese quitarle el polvo que se le había acumulado durante cincuenta años de abandono, y recordó con una extraña sensación en el alma que hoy podría ser su último día como empleado del correo.

Era muy joven cuando comenzó a trabajar allí, y que recuerde nunca había dejado de asistir un día. Supo echarse a las calles del pueblo bajo las más intensas lluvias, enfrentó más de una veintena de ciclones y ni aún cuando el terremoto el cuarenta y seis, dejó de cumplir con su quehacer. Allá estuvo cuando la revolución, en medio del fuego cruzado y fue testigo de las más diversas reacciones de los destinatarios, tanto de sus alegrías como de sus tristezas. No hubo enfermedad que le impidiera llevar a cabo su tarea. Supo sudar más de una calentura a la intemperie, y soportó dolores de las más diversas índoles; pero ya los superiores habían decidido que por su edad estaba imposibilitado para realizar una labor ef-

ciente. Recuerda que no bien había salido el sol, cuando ya estaba enfrascado en la labor de organización de las cartas y lo hacía de tal forma que las primeras correspondiesen a las partes más bajas de la ciudad, para así cuando terminase estuviera lo más cerca posible de su casa.

Caminó hacia la cocina sumida todavía en la oscuridad, y buscó a tientas como un ciego, en la alacena el tarro de café. Puso el agua sobre la hornilla y pasó al baño. Sentado en el retrete, pensó por primera vez, de manera más o menos pormenorizada, en lo que había sido su vida hasta entonces. Setenta años, recién cumplidos y le parece que fue anoche que los cumpliera. No se había ni siquiera imaginado, lo que sería de él a partir de mañana. Calculó, como lo había hecho siempre, que ya el agua estaría lista y fue nuevamente a la cocina. Tomó la jarra por el asa con un paño negro y la vertió en el colador, sin poder controlar un ligero temblor de la mano derecha. Mientras el café salía humeante y oloroso, pensó cómo nunca antes le pesó la soledad y hasta quiso llorar.

Se comenzó a vestir, despacio. Quería lucir en su último día de la mejor manera. Se puso su pantalón de casimir, su flux de dril, y una corbata de pajarita, que le trajo un primo del Perú. Se miró al espejo, de frente y de perfil y se dijo:

-Hoy estaré como en mis mejores tiempos.

El pelo estaba completamente cano, pero no había perdido ninguno de ellos. Debido a su color moreno, la piel de su rostro estaba aún tersa. Su pecho era amplio, como cuando en su juventud practicaba el boxeo, y sus pies aunque no tan ágiles, cree que aún le permiten brincar una cerca.

En sus años de cartero, acumuló las más diversas experiencias. Recuerda como si fuese ayer la historia de Lola Román y su hijo. Como ella había perdido del todo la visión, él no sólo se limitaba a llevarle las cartas, sino que también tenía que leérselas.

-¡Doña Lola le escribió el muchacho! – le voceaba desde la galería.

La vieja se paraba de la mecedora, y le invitaba a entrar con la voz apagada por los años. Él se sentaba, pero no sin antes advertirle:

-Recuerde doña Lola que ando en trabajo.

Pero ella nunca le hacía el más mínimo caso.

-Dime, ¿cómo está él? – le susurraba.

Y como si fuese el mensajero de alguien que nunca había visto, pero al que sentía muy cercano, abría el sobre y comenzaba a leer su contenido.

El hijo tenía unos catorce años que se había ido a residir a los Estados Unidos. Allá entró a la academia militar y terminó graduándose con honores como alférez de fragata. Todos los pasos que dio, desde la base hasta la cúspide, él junto a doña Lola, lo fue siguiendo como un baquiano, uno a uno. Había quedado viuda haría cosas de veinte años y con su esposo solo había tenido ese hijo, del que conservaba una fotografía de buen tamaño, que tenía colgada en la sala y la que mostraba con orgullo a los visitantes.

-“Ese es mi muchacho, buen mozo como su padre” – decía

Siempre que terminaba de leer, ella le preguntaba:

-¿No dice cuándo va a venir?

Y él siempre le respondía, mintiendo:

-Dice que pronto.

Cuando los americanos le declararon la guerra al Japón, a través de las cartas que el hijo mandaba, él fue enterándose de todo lo que sucedía. Oyó hablar por primera vez del Océano Pacífico, del Presidente estadounidense Franklin Delano Roosevelt, de la base de Pearl Harbor, del Almirante Chester William Nimitz, del primer ministro Winston Churchill. Así como de las guerras que se libraron en las islas Batan, en el mar de Coral, en Midway, entre otras.

Recuerda bien esa fecha porque era viernes y tenía pensado ir el día siguiente a la capital a visitar una hermana enferma. A la oficina había llegado un telegrama y se le dijo que tenía que entregarlo de urgencia. Cuando vio a quien estaba dirigido, quiso rehuir el compromiso; pero sencillamente no había otra persona. Se presentó a la casa. Tosió frente a la galería y oyó estupefacto la voz clara de adentro que le dijo:

-¡Pase, José Antonio!

De pie ante ella, la fuerza amenazaba con abandonarlo y comenzó a luchar con las lágrimas

-¿Qué le está pasando? ¡Usted no es un hombre!

- le dijo ella con firmeza.

Él se sintió reconfortado y le comunicó el contenido de un tirón y nunca podrá olvidar aquella voz pausada que le dijo:

-Ya desde anoche lo sabía. Lo vi todo en sueños. Pero, está bien... Dios lo quiso así. Está bien... así se mueren los verdaderos héroes. Así mueren los Román.

Recordó también los tiempos en que sirvió como mensajero de la guerrilla. Estuvo al tanto de la conspiración contra el régimen prácticamente desde sus inicios. Como gozaba de entera confianza en su trabajo, se le dejaba que clasificase y distribuyese las cartas a su propio parecer.

Conocía a cada quien como el que más y a cada casa de la ciudad como si fuese la suya. En vista de eso, su amigo de infancia Horacio Julio Ornes, le escribió una esquela diciéndole entre otras cosas, que considerándolo como un amigo sincero y un patriota a carta cabal, requería su invaluable ayuda en esta hora decisiva. Recuerda que respiró profundo y se quedó pensativo por un largo rato e incluso le pareció por unos instantes que viajaba perdido por los espacios siderales montado en una alfombra mágica. Sabía, como lo sabían todos, que el Jefe no pestañearía dos veces para echarle las tripas afuera aun a su propio hijo, si se enteraba que este tenía planes para derrocarlo; pero con todo no podía quedarle mal a un amigo leal como había sido él.

Desde la oficina principal en Santo Domingo se había ordenado que se revisaran minuciosamente todos los documentos que llegasen y si fuere menester que se abriesen antes de entregarlos y que lo hicieran sin el menor titubeo. Frente a los superiores, cumplía fielmente con lo estipulado y en ocasiones se quedaba hasta altas horas de la noche en esos menesteres. Pero su real trabajo estaba una vez salía de la oficina. Entraba en los vericuetos más escabrosos de la ciudad y en esas entradas y salidas recibía y entregaba los mensajes a los contactos que estaban dispersos en todos los barrios. De esa manera, mantenía al día a todos los de aquí, de los más diversos por menores del grupo que conspiraba desde el extranjero.

Serían como las diez de la noche. Llevaba su bulto con algunas cartas y en el bolsillo izquierdo de su pantalón, un mensaje para el doctor Aybar, uno de los cabecillas de la resistencia interna. Oyó la voz estruendosa del militar que lo mandó a detenerse.

-¡Párese con los brazos arriba!

-Soy yo, José Antonio, el cartero - dijo en un hilo de voz.

Sintió el cañón del rifle como un taladro frío en la espalda.

-Tenemos órdenes de revisarlo -le dijo con brusquedad.

Quiso reconocerlo por la voz; pero no pudo.

-Todo el mundo en el pueblo me conoce, soy el cartero - insistió.

-Pero yo no sé quién es usted y tengo orden de chequear a todo el mundo.

Sabía que de encontrarle aquella nota, estaría irremisiblemente perdido. Aún ahora cuando piensa aquello se le hielan las entrañas. Nunca se había sentido tan cerca de la muerte y se dispuso a jugar lo que creyó ser su última baraja.

-Lo que tengo conmigo es un sobre que el Jefe le manda a su querida y de llegar a enterarse que

alguien lo abrió, tanto usted como yo somos hombres muertos.

Giró por primera vez la cabeza y le vio los ojos brillantes como dos cocuyos a aquel hombre alto y negro, al que nunca había visto, y percibió que el cañón le trazaba una línea recta hacia abajo.

-Pues, iváyase! – le dijo casi con miedo.

Entonces sintió que el alma le retornaba de nuevo al cuerpo.

Se sentó a la mesa a tomarse tranquilo otra taza de café. La brisa era fresca y el sol comenzaba a asomar su cara por la ventana con pereza. Entre sorbo y sorbo recordó con dolor que en su larga vida de cartero había una gran sombra. En sus comienzos en el trabajo, recuerda que se paró frente a aquella casa y tocó a la puerta. Oyó la voz desde el interior que preguntó:

-¿Quién es?

-El cartero – respondió.

Sintió la puerta abrirse y vio súbitamente aquella muchacha, de belleza refulgente que le pareció un ángel. No sabe cómo, pero en el momento no encontró lo que había traído. Ella, al notar su embarazo, lo miró casi con pena.

-Búsquela despacio –le dijo.

Le temblaban las manos. La miró a los ojos y en el azul intenso de ellos, le pareció que se ahogaba.

-Creo que me equivoqué de casa - dijo.

-Si quiere le puedo ayudar.

Se colocó junto a él y su penetrante olor a mar revuelto, le inundó el corazón. Vio sus manos tan finas, su piel blanca y sintió su calor de mujer tan cerca que temió perder el control de sí.

-¡Emilia López! - leyó en voz alta, sujetando el sobre con la mano izquierda - Esta es.

Es mi padre que me escribe desde Alemania.

-Pensé que era su marido.

-Todavía no me he casado - le respondió.

Esa noche, no pudo dormir, se levantó y se dispuso a escribir una carta, en la que le declaraba su amor. Era apenas un folio, pero entre berrones, tachaduras y añadiduras, se le fue la madrugada entera sin darse cuenta. Cuando se sintió satisfecho de la misma, entonces la dobló y la introdujo en un sobre que había comprado especialmente para cuando se le presentase la ocasión. Le escribió su nombre con letras rojas, lo cerró y notó también que la hora para ir a la oficina le había llegado. Al salir a la calle, colocó

la carta en el bulto y se dirigió aprisa hacia la casa, pero nunca llegó, los nervios se lo impidieron. Lo pospuso para el día siguiente y el siguiente para el otro y de esa manera, entre aplazamiento y olvidos, se le pasaron cincuenta años como nada.

Tomó la carta, volvió a contemplar el sobre y pensó que aunque había pasado tanto tiempo, todo cuanto ella contenía tenía plena vigencia. Se perfumó, se puso de medio lado su sombrero de fieltro de alas cortas, que utilizaba solo para ocasiones muy especiales y salió resuelto con la carta en su mano derecha. Caminó con pasos firmes, y se dijo: "Hoy será".

Miró a lo lejos que alguien entró a la casa, y ya más cerca vio otro. La agarró y la escondió en el bolsillo delantero de su pantalón. Frente a ella, vio entrar otras personas y pensó en devolverse. Con todo, siguió acercándose y miró hacia dentro con cierta cautela y vio más gente. Se colocó con timidez detrás de una pequeña fila que se formó frente a la puerta, sin querer preguntar nada y se quitó el sombrero. Fue entrando en silencio, lentamente, hasta que pudo ver un féretro. Sin todavía querer creerlo, vio unas manos finas enlazadas encima del pecho, como aquellas que una vez vio, y conservaba aún intacta en la memoria y en el corazón. Miró su piel blanquíssima, ahora arrugada. Miró su rostro y se imaginó que aquellos ojos azules, ahora cerrados y otrora tan bellos, con una estrella muerta, ya no tenían

luz. Tocó el sobre con la punta de los dedos y sintió que le pesaba como nunca antes en el bolsillo y quiso sacarlo. Sintió un empujón suave; pero firme y salió turulato del estado en el que se encontraba y relojeó a su alrededor como avergonzado. Deseó llorar a gritos frente aquella mujer, que aunque nunca lo supo, lo mantuvo toda una vida, de rodillas frente a ella y atado de manos y pies. Quiso tocarla con sus dedos y por primera y última vez acariciar su piel; pero tampoco tuvo valor. Intentó tomar nuevamente la carta y pensó en dejarla debajo de su cadáver; pero un nuevo empujón esta vez más fuerte lo hizo avanzar, y sin darse cuenta ya estaba en la calle. Entonces tosió fuerte, sintió que la cabeza le daba innúmeras vueltas, miró hacia atrás, y se puso nuevamente su sombrero y comprendió con dolor que el camino que había tomado desgraciadamente ya no tenía retorno.



LOS DEL ELEVADOR

Seudónimo: Vulcano

Autor: Addala Melgen

Al tipo que estaba a mi lado, el que todos creían más discreto, más serio, por eso de estar vestido con más esmero y llevar unas gafas de concha y calvicie e incluso por el maletín que portaba; fue sin embargo quien tuvo la valiente ocurrencia de doblarse de risa, mientras los demás estábamos empezando a crisparnos o al menos la chica y yo. Estaba a mi derecha, parecía tan calmado, tan sutilmente inalterable que cuando entró nos hizo el efecto de ser un hombre de los que son conservadores hasta el estoicismo, por lo que, al momento de su llegada, se produjo ese silencio que cada quien sostenía como podía, con un esfuerzo casi físico. Había sido el último en entrar, venía del piso siete con el rostro en alto, como quien solemnemente mira hacia arriba, porque abajo no hay nada que ver y solo bajaba la cabeza para verse las uñas o los lustradísimos zapatos, lo cual hacía con una frecuencia exasperante. Se le notaba que era un tipo melindroso, de los que desarrollan una manía por el orden y la pulcritud. Desde que entró, una fragancia, como de lavanda, invadió todo el espacio

del elevador, cosa que nos hizo mirar continuamente de reojo y algunos hurgar en sus narices como tratando de sacar ese olor tan abundante. No obstante, el silencio que procurábamos mantener a toda costa, por una especie de acuerdo secreto entre los que ya estábamos, no era un silencio absoluto, pues la respiración del señor se dejaba sentir, no solo en un olor amoniacial que sucedió al de lavanda, sino también en un jadeo inhumano que a veces se convertía en un tenue silbido; además, algo en su interior sonaba con cierta regularidad, algo visceral que parecía descomponerse, lo que nos daba ocasión a los demás tripulantes de mirarnos, buscando unos en los otros la útil complicidad que involucra a las personas que no tienen más opción que divertirse un poco en uno de esos momentos de la vida que son un punto muerto, una fase neutra de las que ni siquiera se les guarda un lugar en la memoria, como son los intervalos, los insignificantes pedazos de tiempo dentro del elevador, pedazos fragmentados y separados de la existencia, que no se recuerdan nunca, a menos que se tenga la forzosa necesidad.

El elevador se había detenido entre en el piso quinto y cuarto, hacía poco más de quince minutos, por esa brusca interrupción de la energía eléctrica en la que la luz se apagó por un lapso lo suficientemente largo como para que la única mujer, la señorita a mi izquierda, uniformada de azul, se la pasara nerviosa, mordisqueándose los dedos, mirándonos a los demás de continuo.

Cuando se apagó la luz, emitió un grito de espanto y se sujetó a la manga de mi camisa con un pánico desbordado. Era la única que me resultaba familiar, no la conocía propiamente dicho, pero la había visto una que otra vez coqueteando con mi jefe. Sé que ella me reconocía, pero seguía actuando igual que siempre, fingiendo que no existía, aún cuando se apoyó de mí. Yo por mi parte, aún cuando me sentía enfermo por el desvelo, por Julia, por el exceso de trabajo, creí tener el deber de auxiliarla, de sostenerla ante una eventual caída al piso, cosa que hice, pero con una reserva que convirtió mi esfuerzo en torpeza, de manera que ella me empujó. Fue cuando la luz volvió. Logré escucharla decir en una voz muy baja, como si sólo hablara para sí misma, que no la toquen.

Ante el regreso de la luz tuvimos la esperanza de que el ascensor reanudara la marcha. Pero no fue así. Entonces la chica empezó a mordisquearse las uñas, uñas femeninas, largas y rojas, que me hicieron pensar en Julia, no porque esta las llevase así, sino porque eran de mujer y eso basta, era más que suficiente, pensar en el concepto mujer, en el eterno femenino, para traerme a Julia a la memoria, para intuirla.

Éramos seis en total, cinco hombres y la chica. Yo venía del piso ocho, estaba apremiado porque serían las siete de la noche, a media hora de encontrarme con Julia en el Centro Metropolitano de Eventos. Me había demorado irremediable-

mente terminando el diseño arquitectónico de un hotel que debía estar listo para el día siguiente a primera hora.

La noche anterior me había acostado tardísimo trabajando en el proyecto, además, tenía hasta los tuétanos el problema ese de Julia, que llevaba una semana indignada porque yo la había acusado de engañarme con otro; ciertamente ya no pensaba en eso, ya lo había dejado de pensar, no por estar convencido de que ella me había faltado, sino porque descubrí después que era mejor estar con ella, aunque sea compartida, que carecer totalmente de ella; pero decía que con esa imputación le provoqué una úlcera estomacal de lo peor, que había sufrido indeciblemente y que ahora tenía el inconveniente de aceptar mis disculpas por más esfuerzo que yo hiciera en corregir algo que ya está viciado por el veneno de la calumnia. Finalmente la convencí de que me perdone, ella lo hizo bajo la condición de que la invite a cenar en el restaurante del hotel, al frente del Centro Metropolitano de Eventos; yo estaba de lo más entusiasmado. Entonces acordamos vernos a las siete y media. Yo ya había intuido que de no estar a tiempo a esa cita, sería inminente nuestra ruptura definitiva.

-¿Acaso nos quedaremos aquí todo el día?- dije para conjurar ese destino, para lograr con esa fórmula advertir a todos que estábamos atascado en el quinto piso dentro de un ascensor y así procurar a fuerza de fe colectiva empujarlo hacia el

primer piso, para luego poder correr hacia Julia, que ya debería estar esperándome impacientada con ese rostro feroz, un tanto varonil, que suele adoptar cuando está molesta.

El señor formal estaba sudoroso, y para enjugarse sacó un pañuelo e hizo el movimiento arqueado desde la sien derecha hasta la opuesta, culminando en el mentón, todo con absoluta ceremonia; con un ademán afectado dijo:

-Esto nunca demora más de cinco minutos-. Y sus palabras de ley me dieron aliento.

Luego vino la risa, empezó así de brusca, así de inquietante para mí, que seguía debatiéndome pensando en Julia, que ya debía estar maldiciéndome como es su costumbre. La risa se propagó, pero en orden: después del señor formal, el tipo a su derecha empezó a reír, luego el que estaba a la derecha de este, y así hasta llegar a la chica, quien me miró sorprendida, sin saber qué hacer, y que sólo después que entendió que era su turno soltó una risa falsa. Yo sentí el olor a amoniaco más intenso; sospeché lo peor, pensé que se trataba de una conspiración de la cual únicamente la chica y yo estábamos desentendidos. Fue cuando puse reparo en los otros tres, uno de ellos era bastante alto y corpulento, con una cicatriz que se le extendía desde la comisura izquierda hasta el mentón, tenía los ojos tan claro que parecían vacíos de expresión, como los de un invidente. Estaba al lado del señor formal. Los

otros dos parecían venir juntos, sin embargo no hablaban mucho entre ellos, salvo al principio que intercambiaron un par de frases ininteligible; uno de ellos, el más reservado, pequeño y barrigudo, traía unos papeles que indudablemente eran planos de construcción. Tenía todo el tiempo el ceño fruncido, que ni siquiera después de la risotada logró despejar. Su acompañante era de por sí risueño y a veces desbocado, sobre todo con la chica a la que sin ningún rastro de timidez le decía algo simpático o insolente. A este último lo detestaba, porque tenía algo de mí que nunca he logrado superar y que aprendí a detestarla con Julia, esa enfermiza necesidad de morderme el labio inferior, que sin embargo en él no era manía, sino un medio de acentuar su imagen de seductor, lo cual resultaba peor.

Yo venía pensando todo el tiempo en Julia, en su rostro que a veces se me escurría y no conseguía volver a recordar, lo extraño era que podía recordar sus detalles fisonómicos con claridad, pero no lograba recordar el conjunto sino después de haber dejado de pensar concretamente en ella, pero ese recuerdo era remoto, ambiguo, era más bien el concepto de ella. Comprendí allí que verdaderamente estaba enamorado, que el hecho de no encontrar su rostro en mi memoria era porque tenía demasiada sed de ella, demasiadas ansias de verla y que el amor como órgano recipiente de las emociones, en los enamorados, suprime el recuerdo fisonómico de la persona querida, para que uno sienta la carencia de ella, la necesidad,

que vendría siendo como un hambre en el referido órgano; yo, enamorado, al fin poseía este órgano. Por lo mismo determiné que en cuanto salga del ascensor me iría a la carrera hasta su encuentro y me sometería a todas sus peticiones, a todas sus demandas, lograr su total perdón con tal de no privarme de ella; entonces borrón y cuenta nueva. Esto era lo que pensaba poco antes de que se inicie la locura epidémica de la risa. Luego volví a intentar reconstruir su imagen en mi cabeza sin ningún éxito, pero sin dar treguas. Hasta que vino esa interrupción en mis pensamientos que me indignó, primero que se produjo justo cuando buscaba la exactitud de los rasgos de Julia en mi memoria, después porque me pareció que la risa era de burla, como si el señor primero y luego todos, salvo la chica, sospecharan mis pensamientos, como si de repente descubrieran ese empeño mío por ir a encontrarme con Julia y luego, ante la demora, mi necesidad casi fisiológica de encontrarla en su descripción física y luchar contra la cortina del puro concepto de ella. Luego esta risa en cadena fue doblando, triplicando, cuadruplicando mi indignación. Cuando llegó hasta donde la chica, me sustrahe a ese rencor, tal vez un poco por el parecido de ella con Julia, que no era un parecido real, sino por la afinidad del género. Ella me miró y rió a su pesar, tal vez habrá creído que mi mirada era un reproche de dilatar tanto su turno de ingresar al rito coral de una risa loca que ambos incomprendíamos, pero de la que creíamos tener el deber de participar. Ella solo detuvo su risa falsa

cuando descubrió que yo, más que animarme, tenía un semblante impenetrable, duro, fastidiado. La vi ruborizarse, y ella me miró otra vez, pero esta vez en su mirada había un signo de interrogación que terminó manifestándose con una inclinación de cabeza, al cual yo respondí con igual gesto.

Luego, viéndola con un poco más de familiaridad, volví a pensar en Julia, quien ya debía estar airada buscándome en cada transeúnte, irreflexiva y con esa mirada que tanto me gusta verle cuando está enojada, cuando baja un poco la cabeza y enfoca sus enormes ojos hacia el frente de su objetivo visual, como hace un toro al ver el propósito de su embestida. Cuando adopta esa postura, termina riendo; pues se da cuenta de mi delito, entonces suele decir que así como yo adoraba esa masculinidad de ella, ella adoraba ese arroabamiento mío, que según ella, era un rasgo femenino de devoción que la hacía suspirar y a raíz de esto concluía que éramos una pareja extraña y por lo tanto hermosa.

Finalmente la energía eléctrica se restableció, entonces el elevador siguió su trayecto, y yo, desesperado, iba contando los pisos que restaban por llegar. Cuatro, tres, dos. Los que andaban juntos se quedaron en este último; para entonces tuve la impresión de que la risa, si bien no había desaparecido del todo, se había ido disipando. Poco después me percaté de que efectivamente ya no reían, sino que la risa se había hecho eco

en mi cabeza. Yo me aproximé a la puerta. Estaba ansioso por saber la hora, sin embargo me abstuve de preguntarla. Cuando el ascensor se detuvo, quise abrir la puerta inmediatamente pero por una orden mental; y volví a oír a mis espaldas una risita, que para mi sorpresa parecía la de la chica.

En cuanto la puerta abrió, salí despavorido. Logré ver en la pared detrás de la recepción un reloj que marcaba las ocho menos cuarto. Apresuré mis pasos. Solo debía atravesar tres cuadras desde el edificio, tomando un atajo por los jardines que circundan la catedral del parque y así con un poco más de apremio llegaría en algunos diez minutos a mi encuentro con la furibunda Julia. Y corría a pesar de que, conociéndola como la conocía, ella no habría de esperar más de cinco minutos pasado la hora acordada y conociéndola como la conocía, ella me borraría de su vida de una vez por todas, porque es de las que no miran hacia atrás, de las que carecen de nostalgia; pero aún así corría ensayando un tono convincente para explicarle mi tardanza, para explicarle que el ascen...

Una vez llegado, busqué por todos lados. Sin dudas Julia se había marchado, pero creí que no había transcurrido mucho tiempo desde su partida; pues sentía ese olor de ella que le es tan característico, y que se hacía más intenso en mi olfato justamente cuando ella se ausentaba.

Me quedé sentado donde acordamos encontrarnos, pero resolví no pensar más, en todo caso ya no lograba ajustar con éxito sus rasgos faciales y cuando lo intentaba, por ardor, entonces no podía separar el débil recuerdo suyo de aquella risa de los del elevador. Y al pensar en ella se asomaban los rasgos de ellos. Y de pronto me pareció como si la misma Julia se hubiera estado burlando de mí a través de ellos, que seguían riendo en mi cabeza, sin pausa.

MENCIONES DE HONOR

QUÍMBARA

Seudónimo: Guasa – Guasa

Autor: Aquiles Julián

A Celia

Los tígueres pesaos, los deaverdad, ya no existen. ¡Qué va!, ya no hay tiratelas como el Mauri Will y el Nackin, que se daban unas combinaciones que había que salir a verlos y en la pista era que ellos sacaban candela, tirando los pasitos, sudados, empapados totalmente en la música, inventando nuevos pasitos siempre y sorprendiéndonos: un revoloteo del cuerpo que se contorsiona vibrando, temblando a cada compás, pero con estilo, con gracia. Había que hacerles su ronda, bebiéndonos su baile y si se quería que la fiesta de uno tuviera sabor y la gente fuera, había que invitarlos... Desde que uno decía que iban, la gente se desprendía de donde fuera para estar allí. Nadie quería perderse el verlos tirar el son. Y cuando el Mauri Will y el Nackin competían aquello era para morirse... ¡Esos sí sabían lo que era bailar....! Luego vino el Químbara y creo que él fue quien le enseñó a Domingo El Pecaero y al Popeye; y después llegaron José La Salsa que aprendió de su hermano, El Pecaero, y los her-

manos Ruiz y todos los salseros de ahora; pero esos no son más que una imitación del Mauri Will y el Nackin y hasta del mismo Químbara, que fue Mauri Will quien le enseñó a tirar tela, a combinar, y a tirar los pasitos.

El Químbara apareció en las fiestas exactamente con Celia Cruz, Johnny Pacheco y el Químbara Químbara y nadie bailaba el Químbara Químbara como él: gozándose, vibrando, temblando, saltando, tirándose al suelo, girando, doblándose en veinte, eléctrico, sacudiéndose y uno tenía que dejar de bailar para verlo, poseído, en un espacio propio del que todos de pronto nos veíamos excluidos, como que el disco, la voz de Celia, la música, el repicar de los cueros y la guaracha encendía, todo era para él, para él solito, sin pareja, sin nadie más, vuelto la salsa, la rumba buena y el guaguancó; y todo el mundo hablaba, gritaba, aplaudía, lo animaba, pero iqué va a oír nadie el Químbara!: él sólo tenía oídos para los cueros percutiendo, la voz como un cuchillo de Celia que sudaba el Químbara químbara cumbaquín bambá y la sala de la casa era una pista en la que el Químbara estallaba en mil y un pasos, sin repetirse, cien mil maneras distintas de dejarnos con la boca abierta, envidiosos, sorprendidos, deslumbrados por esta máquina de pasos, por este artífice del ritmo, por este relámpago de la salsa.

El Maury Will y el Nackin se fueron esfumando, consiguieron la visa y se marcharon para los paí-

ses, pero quedó el Químbara y el Químbara entonces era el rey, el que todo el mundo buscaba para las fiestas, el de a verdad, el que daba el modelo de lo que era tirar tela. Domingo El Pecaero y Popeye lo imitaban a las claras. Se paseaba como un príncipe envidiado por La Henry y por la Mazertov, por El Águila y por La Torre, por Las Vegas y por El Barroco, y desde que se sabía que estaba el Químbara le sonaban la salsa buena para que él hiciera su espectáculo, mientras los parroquianos se paraban a verlos, sorprendidos siempre, envidiando secretamente aquel cuerpo que se derramaba en mil y un pasos.

Uno no sabía dónde vivía el Químbara; según algunos era por detrás de Campoamor, en Los Mina; y según otros por el derricadero de Lengua Azul; por El Ancón....., pero, bueno, lo importante era que uno vivía hablando de él, y cuando nos inscribimos en el Fray Cipriano a estudiar el bachillerato, ahí solo se hablaba de que el Químbara se sobaba con aceite de culebra y que por eso era que tenía el cuerpo así, tan suelto, tan dócil para los cueros y el remeneo, como si la timba y el timbal tocaran para él: se llegó a decir que el Químbara iba a poner una academia para enseñar a la gente a tirar los pasitos y recuerdo que todos dijimos que quién iba a pagarle al Químbara por eso, que si el Químbara se había vuelto loco y todos pensamos al mismo tiempo en inscribirnos, porque todos queríamos que las jevas nos miraran y se entusiasmaran con nosotros como se entusiasmaban con el Químbara.

Había que verlas cómo se volvían locas cuando el Químbara salía a la pista. Y si el Químbara las invitaba a bailar, eso era como una consagración de que ellas sabían tirar los pasitos. Novia, novia, uno no le conocía una oficial al Químbara. Sí sabíamos que se samaba con alguna, que metía mano con tal o cual jeva, pero el Químbara tenía su demanda y él no iba a ser pendejo de amarrarse con ninguna. Bueno, uno hubiese hecho lo mismo.

Al Químbara le tocó la época del poliéster y andaba con su afro, sus patillas y una combinación en poliéster, sus zapatacones y todo, el sombrero, el saco blazer, la camisa, la corbata, el pantalón, la correá, las medias y los zapatos de un solo color: si era marrón, marrón; si era azul, azul; si era gris, gris.... Y caminando con su tumbaíto, dejándose caer a la derecha, con su ñoñería, con su cuadre, 'the sweet style, man', decía, pero que le quedaba bien.

Nadie tampoco sabía de qué vivía el Químbara. Según Pocholo, el hijo de Marino, el Químbara trabajaba en un taller de desabolladura y pintura que estaba por Los Mina Viejo, pero nadie que yo sepa lo vio nunca trabajando, aunque de algo tenía que vivir y conseguir los pesos para tirar tanta tela como tiraba el Químbara, que yo creo que ni el mismo Maury Will llegó a tener la cantidad de tires chéveres que tenía el Químbara, ni los pasitos, porque el Químbara en cada fiesta venía con nuevos pasitos y cuando uno le pedía

uno de los viejos, él decía que no le gustaba repetir, que él era un artista y que esos pasitos ya estaban mocatos, que nos fijáramos en estos y luego, para intrigarnos, nos decía que los que iba a sacar la semana próxima iban a ser lo último, mortales, men, que esperáramos a ver. Entonces todos le pedíamos que nos adelantara algo, que nos dejara ver los nuevos pasitos. El Químbara como que lo pensaba, el tiguerozo, y después sacudía la cabeza y nos decía que no, que después se los copiaban y que él sacaba pasitos nuevos por eso, porque siempre le copiaban, pero que él era el Químbara, el original, el único y verdadero Químbara, the best, the marvelous man, el pachá de la salsa, el hijo de Richirrey, y entonces nadie le iba a hacer repetir un pasito pero tampoco iba a adelantarle a nadie los pasitos nuevos de la semana que viene porque entonces no tendría qué enseñar, que nos conformáramos con los de esta semana que estaban bien buenos.

Néstor La Vaca, Mamitán y yo nos íbamos al piso que quedó de la casa de Adrianito cuando la tumbaron, para practicar la salsa sin que nadie nos viera, con un tocadisquito japonés de pila, y los discos de Celia, de Pacheco y de Maelo, pero aparte de darnos bien duro en las rodillas cuando intentábamos tirarnos al suelo imitando al Químbara y a John Travolta, y guayarnos las quecas, nunca pudimos llegar lejos.

Al final, tal vez por eso sobresalimos en los estudios y tal vez la mala suerte del Químbara nos hizo coger cabeza y le dimos fuerte a la universi-

dad, aunque eran los tiempos duros, y siempre se armaban unos líos del carajo en la universidad: bombas, tiros, piedras, la policía, correderas y mamá sufrió muchísimo con eso.

Lo del Químbara si fue una pena, porque él no le hacía daño a nadie. A él lo que le gustaba era bailar, tirar su tela, inventar pasitos, pero las muchachas lo miraban con admiración y eso molestaba. Sí, el Químbara gustaba parece y eso en este país no se puede. Una vez estaba bailando, zumbando, gozando la música como él sabía, entonces para mala suerte de él una carajita que andaba con un hijo de un general en una fiesta en la casa de doña Angélica lo vió bailar, se quedó parece que embelesada viéndolo subir, bajar, ranear, girar como un dios en su altar de fuego, en la pista divina que se encendía para que el Químbara oficiara su ritual, su danza, su torbellino de pasos, vueltas y revueltas, su magia rítmica y candente; entonces la carajita metió la pata y fue donde estaba el jevo que andaba con ella, el hijo del matatán y le dijo que viniera a ver qué tipo que sabía bailar salsa y yo no sé si fue el diablo que se le metió al otro, pero fue callado, con la tipa y vio al Químbara bailando, viviendo la salsa, encendío en la sala dando una cátedra de pasitos a todos los que le mirábamos con envidia, y le dijo a la jeva: ¿Y ese es el que tú dices que sabe bailar? ¿Tú quieres ver que no sabe bailar na? y todo el mundo se volteó porque creía que el tipo iba a salir a intentar competir bailando con el Químbara que yo creo que ni oía ni sabía lo que

estaba pasando, seguía sudando a Celia, la guaracha y el bongó, y la muchachita como que se dio cuenta de la maldad del otro porque le dijo al tipo: "¡Tabién, papi, tú tienes razón!"; pero, qué va, ya el diablo se había soltado y el tipo volvió a repetir: "¡Qué va a saber ese bailar! ¡No ombe, vamos a ver si sabe bailar ahora!" y sacó un revólver y ahí se armó el juidero y el tipo le apuntó a las piernas, a los pies del Químbara, a la cadera y ipam!, ipam!, ipam!, tres, cuatro tiros y el Químbara se cayó al suelo, retorciéndose de dolor, diciendo, con los ojos desaforados: ¿Qué pasó, vale?, ¿Qué le hice? y el tipo se le acercó y le dijo: "¿Tú no dizque que sabes bailar, coño? ¡Baila ahora, maricón!", y le apuntó a la cabeza para soltarle otro tiro y matar al pobre Químbara que miraba al tipo apretáisimo y sin conocerlo, mientras se desangraba en el suelo y doña Angélica caía con un ataque, tiesa del susto. El tipo le dio a tirar al revólver pero, para suerte del Químbara o para mala suerte, quien sabe, no tenía más balas y el tipo soltó un coñazo y se largó de allí con sus amigos y unos guardias que lo cuidaban, casi arrastrando a la jevita que lloraba y no quería irse con él. Al Químbara entonces lo recogieron y lo llevaron a la emergencia del Darió y allí quedó preso porque eran heridas de bala y el tipo que le pegó los balazos fue a un cuartel y acusó al Químbara de haberlo querido desarmar y ser enemigo del gobierno y qué se yo cuántas vainas más y de que el Químbara andaba armado...., total que el Químbara terminó preso en el mismo Darió Contreras y allí quedó

jodío de la cintura para abajo, y del Darío lo rejundieron en La Victoria, trancado por política, y solo pudo salir de allí cuando Guzmán fue presidente, que soltaron a todos los presos políticos; a él, al Químbara, que nunca fue de nada de política. Lo sacaron así, vuelto una mierda, inválido.

De ahí en adelante le perdí la pista pero luego supe que su familia le puso un puesto de compra y venta de cartones y botellas vacías y un día dando una vuelta por Villa Consuelo, ya como ingeniero civil que yo era desde hacía ocho años, buscando precios de unos materiales que necesitaba para una construcción a mi cargo, vi ese pegote de carne sobre una silla de ruedas destalada, envejecido, gordo flonflón, un mazacote, y oí que alguien le voceaba: ¡Químbara! ¿Cuánto me das por esta carretilla de cartón? y los ojos se me aguaron, de verdad, como si toda mi adolescencia, mi juventud, estuviera allí sentada, vuelta un mazacote inválido, como si la vida misma fuera esa burla cruel, como si el tiempo diera vuelta y, en fin, como si una parte importante de mí estuviera allí también postrada y destruida, lo vi muscular algo, tasar con la mirada, sacar unos pesos mugrosos de un bulto, negociar unos cartones de desecho, pura basura, y por mis lágrimas cruzó el otro, el Químbara envidiado, sobreponiéndose a aquella imagen derrotada, me di la vuelta y me alejé, impotente, y pensé que talvez el Químbara hubiera agradecido que el revólver del tipo hubiese tenido un tiro más.

AL FILO DEL ABISMO

Seudónimo: Clío

Autora: Petra Saviñón

Se levantó a tientas, con la misma sensación de hastío de todos los días, encendió la luz, se estrujó la cara y meditó un poco.

Caminó indeciso hasta el baño. Con la toalla en la mano abrió el botiquín, miró titubeante la navaja y la acarició lentamente. Retrocedió unos pasos y, navaja en mano, regresó a la cama.

Sería tan fácil; cuestión de cortar y coser, sólo que en este caso nadie cosería.

Imaginó la escena:

La gente aglomerada en torno a la cama cuchichearía, alguno con rostro indiferente afirmaría: - "Este tipo era raro, no me sorprende que lo haya hecho"-.

-"Sí, hablaba poco y casi no lo veíamos"-.

Mi novia lloraría un rato y al cabo de una semana se cambiaría el color de cabello, coquetearía con

uno de mis conocidos y entre indecisa y resuelta se haría rogar y al fin accedería.

¿Y mi madre? ¿Qué haría mi madre? Cruzaría rápidamente la puerta, pondría esos ojos de loca que denotan miedo y dolor, se abalanzaría sobre mi cuerpo, no digamos inerte que es una palabra muy usada, simplemente mi cuerpo, mi envejecido cuerpo y lloraría con esas lágrimas saladas que tiene y entonces su boca se posaría en mis mejillas, mi frente, mis manos y será molesto porque no podré decirle lo mucho que me incomoda ese gesto, porque ella lo ignora, como ignora que odiaba su mano apretando la mía al cruzar la calle o que corriera presurosa a sacudir mis pantalones cuando me caía, pero lo que más odiaba de mi madre era que me mantuviera sobre sus piernas mientras alguien buscaba un periódico que yo ágilmente leería ante la admiración de todos y ella emocionada exclamara: -"¡Mi niño es tan inteligente!"- y me compara con mi padre.

Hablando de mi papá ¿Qué cara pondría? Seguramente se rascaría el mentón y diría: -"Ese muchacho siempre me dio mucha carpeta, no sé a quién heredaría. Ahí lo tienen boca arriba. ¡Mírenlo! Con veintidós años y termina con su vida antes que con la universidad, aunque a decir verdad allí sólo fue a buscar malas compañías. Últimamente lo veía sólo durmiendo o haciendo alboroto con sus amigos estrañafalarios."

Todo el tiempo estaba con esa gente rara. Hasta se dio a la tarea de acusarme de materialista, todo por negarme a dar parte de mi trabajado

suelo dizque a una obra de caridad, "¡El diablo sabrá que caridad!"-

Un día me dijo: -"Me voy de la casa necesito espacio, aquí no se puede respirar" -y fue a meterse a un agujero donde no cabía ni el aire. Yo hasta me alegré, pues los otros muchachos andaban también con ideas extrañas. Al principio su madre protestó un poco pero después atendió mi actitud. Bueno ahora ya no hay remedio"-

Y vendrán mis amigos y la gente los mirará de reojo, algunos hasta dejarán franca la puerta para esquivarlos.

Estará Sarah con su eterno cabello largo, negro y largo y esa argolla en la nariz que mi madre detesta. Vendrá Raúl con sus jeans rotos y desgastados y Martha con sus dedos repletos de anillos y apestando a tabaco.

Robert y Ariel llegarán hablando de la fiesta "súper" que me voy a perder -"por pendejo, porque pensándolo mejor, pudo haber escogido otra fecha para morir"-

Entrará Peter, siempre metódico, hará suposiciones y me condenará por no avisarle.

Mariel propondrá robar mi cadáver para hacer un funeral en la playa, se imaginará tocando la guitarra frente a una triste fogata, me besaré los labios con su boca suave y yo desearé estar vivo para observarla.

El médico forense, circunspecto, me mirará, dará un par de vueltas y engolando la voz indicará:
-“Hay que levantar el acta”-

Señalará a mi padre, que asentirá con la cabeza y firmará. Vendrán los camilleros con sus rostros cadavéricos, llevarán mi cuerpo a la ambulancia y el olor a formol ya no molestará mi nariz.

Me arrojarán sobre mi antigua cama y mi hermano dirá entre extrañado y flemático: -“Sólo así has vuelto”-

Mi hermana llorará sobre mi pecho, me desnudará, me meterá bajo la ducha que me será ajena, enjabonará mi cuerpo y me vestirá con esa ropa horrible y formal que ponen a los muertos.

Mi madre se desmayará mientras mi tío tapa el ataúd, como si con esto pudiera borrarme.

Echarán tierra sobre mi recuerdo, regresarán a sus vidas y me olvidarán.

Pero... ¿Y si no lo hago? ¿Y si arrojo la navaja y desisto? Bueno, esa es otra historia. Y volvió a dormirse.

TRANSMUTACIÓN

Seudónimo: Cid Moreno

Madeline escondió de golpe la cabeza entre los hombros al escuchar una voz detrás suyo. Ni siquiera tuvo que girar la cabeza para saber que a sus espaldas, con las manos crispadas los ojos desorbitados, el licenciado Escobar echaba humo por las narices a punto de explotar de rabia. Recordó lo que le aconsejara la instructora de aeróbicos para situaciones similares: "Respira profundamente diez veces: una, dos, tres, cuatro...". Entonces se arregló el cuello del saco y adoptó la posición más correcta ante la inesperada llegada del licenciado Escobar, quien esperaba encolerizado la reacción temerosa de la mujer, convencido de que la había aturrido con sus palabras de trueno. En instantes que a Madeline le parecieron interminables, el licenciado recorrió con la mirada cada pulgada de su piel, cada músculo (músculos de mujer que ahora adoptaban la rigidez de las rocas), y cada gota de saliva se empastaba debajo de la lengua ahorcando las palabras, obligándola a tartamudear en cada intento por responder al jefe.

Sobre el encerado piso de la oficina cayeron

pesadas gotas de sudor, a pesar del esfuerzo que ella hiciera por retenerlas en las palmas de las manos, o disimularlas en el zafacón. Apenas pudo refrenar el tintineo de sus dientes bien cuidados y el temblor acumulado en las rodillas, finalmente cubiertas por la seda de la falda azul marino. La misma falda que había servido de protección ante los desquiciados manoteos del licenciado, experto en propuestas difíciles de rechazar por una dama en su condición de madre soltera.

Muchas veces ella misma, sumergida en sus cavilaciones nocturnas e interminables, se recriminaba por haber dejado escapar la oportunidad de un ascenso jugoso que significaría una indiscutible mejoría en su nivel de vida. Ahí estaba la oferta, ahí estaban las cavilaciones, ahí estaba la penuria de una vida con limitaciones y ahí estaba, de pronto, la voz de la niña que, escapándose a los dominios del sueño, se exaltaba sobre la cuna y pegaba un grito que reclamaba la presencia de Madeline. Entonces, como si quisiera convencerse a sí misma, exclamaba en tono seguro y firme: -¡No caeré! ¡Ese cerdo no me hará suya! ¡Puedes dormir tranquila, mi niñita!

El licenciado atacó de nuevo, con bríos renovados, más letal que la primera vez:

-¡No ha escuchado usted, Madeline!

Como pudo, se armó de valor para volver el rostro hacia el jefe. La extrema palidez de la mujer

hizo que el licenciado dudara por un instante. ¿Acaso Madeline había muerto sobre el sillón? ¿Se habrá convertido en una máquina? ¡Una máquina! ¡Eso es! Ella de seguro se ha convertido en una máquina, la máquina que su oficina necesita para salir a flote. Sí, eso es.

Con gran sorpresa notó que Madeline, que había empezado a disipar la lúgubre expresión de miedo que inundaba su cuerpo, adquiría lentamente un color metálico en su rostro. Sus ojos se volvieron saetas que el licenciado sintió disparadas hacia él a la velocidad de la luz. La sintió avanzar y pararse ante él con aires de seguridad, casi desafiante. Evitó mirarla a los ojos punzantes, pero fue en vano. La mujer, más alta que él, inclinó ligeramente la cabeza para fijar en los temerosos ojos del jefe una mirada flamígera.

La voz de Madeline, más que de mujer, pareció provenir de una máquina parlante que presagia tempestad:

-Está bien. Como usted diga, licenciado. Seré la máquina que usted quiere que sea.

De regreso a la casa materna, Madeline divisó a la madre, una viejecita arrugada y asombrosamente esqueletizada que, como siempre, esperaba a la puerta, sosteniendo por los hombros a la niña para evitar que saliera corriendo al encuentro de Madeline. Aparcado el auto, entonces la soltó con un leve empujoncito: -Ve, encuentra a tu mami. Pregúntale qué te trajo.

-No me quedo para la cena, mamá, pues debo llegar más temprano a la oficina mañana. Creo que me acostaré a las siete. Casi no aguento el sueño... Trabajé como una máquina hoy.

Al día siguiente y mucho más temprano que de costumbre, Madeline llegó a la oficina. Ordenó meticulosamente su escritorio y se sentó ante el computador. Giró el sillón para servirse un café; entonces recordó que Jacinta no había llegado.

-Lo pondré yo-, dijo y se encaminó a la cocina. No había avanzado cinco pasos cuando casi muere del susto al escuchar una voz que salía de la semi oscuridad:

-Buenos días, muñeca.

-¡Licenciado! Pero ... ¿Qué hace usted aquí a esta hora?

El cuerpo enjuto y diminuto del licenciado emergió de la penumbra, caminó hacia la mujer con los brazos extendidos.

-¡Venga ese abrazo mañanero! Realmente la felicito por haber dado el paso. Ahora verá que todo mejorará para usted.

La fuerza del empujón hizo que el licenciado fuera a dar violentamente de cabeza contra la pared, con un chasquido seco que alarmó a Madeline. Echó a correr como loca hacia la cocina y aseguró la puerta sin dejar de agarrar fuertemente el pica-

porte. Pegó el oído a la madera tratando de escuchar la respiración del licenciado, los pasos taconeados con malicia, cualquier movimiento que le indicara la gravedad de su situación. Los minutos parecían interminables, asfixiantes.

-¿Lo habré matado? ¡Ay Dios mío! ¡En la que me he metido! ¡No me abandones ahora, Señor!

Y los pasos empezaron a acercarse. Marciales, acompañados. Esos malditos pasos que de seguro traerían la peor desgracia a su vida, a la de su hija, a la de su madre. Pasos inevitables, dueños de todo, portadores de la más abyecta humillación, desgraciados e infernales. En medio de la confusión que era su alma, pudo hilvanar algunas ideas:

-Quizás si lanzo una descarga moral contra el licenciado le haga desistir de sus intenciones sexuales. A lo mejor la conciencia lo detiene y puedo salvarme de ésta.

Entonces, respirando profundo, hizo acopio de todas sus fuerzas para gritar:

-!Usted se ha equivocado conmigo, licenciado! ¡No soy de esas que por un empleo entregan su cuerpo! Mejor déjeme salir. Le prometo que no diré nada a su esposa. Todo quedará enterrado. Prepáreme la liquidación y no perjudicaré su imagen pública. Recuerde que usted es un empresario de prestigio...

-Señora Madeline, ¿Qué está usted diciendo? Soy yo, Jacinta. ¿Se encuentra bien? ¡Ábrame la puerta, por favor!

Justo a las diez, el licenciado reapareció en la oficina, avanzó con pasos firmes hacia su escritorio sin levantar la mirada hacia Madeline. Aunque silencioso y pálido, exhibía tranquilidad y dominio de la situación. Algunos minutos después se levantó de su sillón, caminó hacia Madeline y le entregó, sin decir palabra, un sobre lacrado.

-Le ruego que lea ahora-, dijo en tono exageradamente amistoso y decente.

Y guiñándole un ojo: -Luce muy radiante hoy. El brillo metálico de su piel la hace ver más hermosa.

Madeline abrió cuidadosamente el sobre. Leyó con ansiedad. Sentía que su piel de brillo metálico empezaba a calentarse de golpe. Con dificultad esbozó una triste sonrisa, levantó la mirada hacia el licenciado, luego tomó el resaltador amarillo y lo pasó sobre la línea final de la carta: quiero que trabaje como una máquina y todo volverá a ser como antes.

Al día siguiente Madeline tuvo una extraña sensación. Los pies le pesaban más que de costumbre y sus pasos sobre el encerado adquirieron un sonido metálico. Apenas pudo llegar al sillón; se dejó caer sobre él y extendió el índice para presionar el ON del computador. No pudo. Los dedos

de sus manos se habían inmovilizado y le dolían terriblemente. De sus yemas de pronto empezaron a salir largas y afiladas lenguas de metal bruñido, que se retorcían adoptando miles de formas una y otra vez: Una grapadora, una guillotina, un desgrapador, un bolígrafo, unas tijeras ... Cada vez era más grande el dolor que producía el metal en la carne desagarrada, ensangrentada y deforme. De sus brazos salían púas lacerantes que trituraban la carne y la esparcían por doquier: encima del escritorio, sobre el piso encerado, entre el florero, en el monitor del computador, sobre los miles de papeles... En el lugar de los brazos, un par de piezas metálicas refulgían al reflejo de las luces mortecinas de las lámparas que pendían del techo.

El cuello le estalló de pronto y miles de pequeños cables multicolores emergieron formando una maraña que en pocos segundos se cubrió de láminas plásticas que formaban una caja hueca que le cubrió por completo la cabeza. Quiso lanzar un grito de desesperación, pero su voz no pudo romper la estructura que ahora le aplastaba la frente, los ojos, la nariz, la boca. Los cambios en su anatomía se sucedieron de manera continua. De su vientre brotaron cientos de cables metálicos que ascendían en carrera alocada, se anudaban con los terminales de los miles de alambres y apretaban, hasta impedirle la respiración. Sus senos se hincharon de repente. Crepitaron y estallaron hasta que de ellos no quedó más que un montón de piezas plásticas, las que

empezaron a formar un teclado que pendía de su cuello.

Con fuerza increíble, sus órganos internos fueron expulsados y corrieron bruscamente como ríos de plásticos fundido que se unían a los nudos de alambres y víboras para sellar perfectamente cada rendija. Y la transmutación continuaba inde-tenible, dolorosa, asfixiante. Las piernas, otrora torneadas y delicadas, se convirtieron en cilindros, sólidos y toscos del color del bronce. Abajo, terminaban en dos garfios afilados que sostenían el peso de toda la estructura que ahora era Madeline.

El dolor empezó a ceder, Madeline intentó ponerse de pie, avanzar unos pasos y mover los miembros superiores. Por más que se esforzó, no pudo andar más de cinco centímetros y se precipitó pesadamente sobre el encerado. Horrorizada, inclinó la cabeza y miró en el cristal de la puerta la nueva forma que había adquirido su cuerpo. La desesperación se apoderó de todo su cuerpo. Se estremeció. ¿En qué se había convertido? ¿Qué le ha ocurrido?

Con gran dificultad, abalanzó la espalda contra la pared y el chasquido sobre la dureza del cemento reverberó en toda la oficina. ¡Esto no puede ser ella! ¿Dónde ha quedado su figura estilizada, delicada y hermosamente delineada? ¿Qué maleficio le ha caído? ¿Dónde está Madeline?

Aún sobre el piso, vio apretujarse a su lado a casi todos los empleados de la empresa, irradiados sus rostros por una extraña curiosidad, mientras secreteaban frases que Madeline no alcanzaba a descodificar. De manera arbitraria movió sus extremidades metálicas intentando ponerse de pie. Fue entonces cuando recordó que no tenía manos, que tampoco tenía pies. En su lugar, unas lenguas de metal bruñido se movían de arriba abajo, adoptando diferentes formas. No tenía boca. Su rostro había sido sustituido por una pantalla transparente que proyectaba figuras evanescentes que iban y venían estrujándose contra la limpidez del cristal. Quiso llorar. Ahora que nadie la miraba, lloraría amargamente.

Gritó a todo pulmón que daría cualquier cosa por recobrar su humana condición. ¡Hasta la vida si fuera necesario! Y nadie la escuchó. ¡No tenía voz! En su lugar, unos amagos de cortocircuito encendían destellos que la hicieron temblar. ¿Se quemaría? ¡No! ¡Su rostro desfigurado por las llamas! No podría sobrevivir de esa manera, no sería la burla y el motivo de lástima de sus amigas.

A su lado los demás empleados continuaban observándola curiosos, horrorizados, sarcásticos, conmovidos. El encargado del Departamento de Informática se acuclilló para poder ver más de cerca el extraño fenómeno que tenía antes sus ojos.

No pudo contener una ancha sonrisa de satisfacción, mezcla de interés profesional, curiosidad y morbosidad. Apuntó el dedo índice medio tembloroso hasta uno de los "ojos" de Madeline. Presionó suavemente y soltó. De inmediato, sobre el rostro-pantalla aparecieron algunas frases intencibles, números y una especie de bandera tetracolor con la inscripción: Bienvenido a Windows XP.

El técnico dirigió con destreza sus manos hacia el lugar donde antes estaban los orgullosos pechos de la compañera de trabajo, había más de un centenar de teclas color marfil, con inscripciones de letras, números y palabras en inglés. Fijó la mirada con especial interés en una de las teclas, sobre la cual estaba inscrita la palabra CONTROL. "Presionando esta tecla", disfrutó la idea, "podría manipular la voluntad de esta nueva estructura a mi antojo, ahora que ya no es humana".

Ante ella apareció el rostro bonachón de Jacinta, con una taza de té humeante que le ofreció con cariño maternal e irrechazable. Entonces la humilde mujer pegó un grito desgarrador y dejó caer la caza al suelo, mientras se alejaba de espaldas, tapándose la boca y con los ojos desorbitados.

Haciendo acopio de toda la energía que corría por su estructura, Madeline logró ponerse de pie emitiendo chirridos agudos. Giró lentamente y se encaminó hacia el escritorio. Cuando pudo sen-

tarse, el peso hizo crujir el sillón giratorio, a punto de romperse. Sin duda sus compañeros de labores se habían reintegrado a sus faenas habituales al escuchar la voz del licenciado Escobar, quien entró blandiendo una anchísima sonrisa de satisfacción y con las manos escondidas sobre la espalda. Se encaminó hacia la máquina con sospechosa amabilidad, sin dejar de sonreír.

-¡A la máquina de la empresa, la que nos hará salir a flote en muy corto tiempo!- y le tendió un manojo de rosas rojas, acompañadas de una tarjeta sobre la cual se inscribía un mensaje en letras doradas.

Madeline no se enteró de la presencia del licenciado Escobar. Entregada a las tareas pendientes de la empresa, accionó sus miembros y notó que poseía condiciones especiales en cada uno de ellos. Velocidad asombrosa. Fuerza increíble... Su oído se había agudizado hasta el extremo de poder escuchar a más de diez el aleteo de una mariposa. Sintió que su capacidad para razonar en situaciones difíciles se había multiplicado considerablemente, y que podía resolver en un santiamén problemas de complejidad extrema. ¡Era lo que se dice una verdadera máquina!

-¡A pesar de todo, no es tan malo ser una máquina!-, "razonó" electrónicamente.

Sonó el teléfono. Lo tomó sin mirar. Era su madre:

-Hija, ¿no vienes a buscar a la niña? No viniste a almorzar. Dime si te sientes bien. Llámame, por favor.

Con voz metálica, Madeline respondió:

-Okay. Copiado, señor. Estamos a su servicio. No dude en llamarnos si tiene alguna sugerencia que nos ayude a mejorar...

Sonó el otro teléfono. Lo tomó. Era un cliente:

-Dígame si mi pedido está listo. Lo necesito urgentemente y usted me dijo que en un par de días lo enviaba.

-No te apures por mí. No tengo hambre. A la niña que se aguante, que iré cuando pueda. ¡Estoy convertida en máquina! No tengo tiempo ahora. Luego iré. Chao.

A través del intercom, el licenciado Escobar preguntó:

-Madeline, ¿ya están listos los paquetes que se van por cargo a Estados Unidos? No se duerma con eso.

La puerta se abrió. El repartidor del periódico de la tarde hizo una señal y lanzó el papel enrollado. Con agilidad increíble, la máquina atrapó el rollo y con precisión increíble lo lanzó a Jacinta, quien aún no se reponía de sobresalto.

En fracciones de segundos, la máquina reprodujo una manilla de papeles, los colocó sobre la bandeja para la firma del licenciado, y volvió a centrar su atención en el montón de tareas que aún esperaban sobre el escritorio. Aunque sus movimientos se dificultaban debido al peso de sus partes metálicas, los miembros superiores y la cabeza podían moverse a velocidad vertiginosa. Un teléfono a un lado de la caja cuadrada, otro teléfono al lado opuesto, un paquete de documentos entre los garfios de sus anteriores manos, un montón de cheques por cobrar, un listado de materiales de oficina, un talonario de facturas...

Al día siguiente el licenciado Escobar entró a la oficina con el rostro sombrío, lo que los empleados atribuyeron a otra de sus borracheras sociales. A una señal suya, todos corrieron a su escritorio, a la espera de algún anuncio importante. Carraspeó displicente y se dispuso a hablar, imprimiendo un tono grave a su voz:

-Me apena anunciarles que la empresa, para poder sobrevivir a la situación que le afecta, ha decidido realizar una reducción de su personal. No deberán preocuparse. A todos se les entregará su liquidación tan pronto nos sea posible. Nuestra máquina, no se equivoca y sabrá hacernos el cálculo correcto. No nos quedaremos con el sudor de ustedes, se lo aseguro. Cualquier cosa les avisaremos. No se preocupen por nosotros. Sé que nuestra máquina manejará sin problemas todo lo que ustedes hacían en sus respectivos puestos de trabajo.

A la máquina se le hacía casi imposible moverse dentro de los límites de la oficina. Solo pausaba para dirigirse pesadamente al baño donde, con reflejos casi humanos, observaba con sus "ojos"electrónicos la única parte de su anterior cuerpo que había podido conservar intacta: la vagina. Sí, la única parte de la desaparecida humanidad que el licenciado Escobar no había podido someter al dominio del teclado.

A la puerta de la oficina, la madre y la nieta hacían grandes esfuerzos por convencer al licenciado Escobar para que les permitiera hablar con la máquina, a lo que él se oponía con argumentos de rendimiento, eficacia y otras razones difíciles de rebatir para una anciana y una niña.

-Será solo unos minutos, don Escobar. Es que estoy muy preocupada por mi hija. Verá usted, hace unos días que la veo actuar como si fuera una máquina...

El licenciado aceptó de mala gana, no sin ante advertirles sobre los costos que esta visita inesperada tendría para la empresa.

-Les aconsejo ser breves. No podemos perder tiempo.

Petrificada ante la visión que tenía enfrente, la anciana solo atinó a decir, con voz conmocionada:

-¡Esta cosa no es mi hija!- entonces cayó de rodí-

llas al encerado y empezó a rezar el Padrenuestro entre amargos sollozos. La niña corrió a su lado sin comprender qué ocurría, escondió el pequeño rostro entre la cabellera plateada de la abuela y dirigió su infantil mirada hacia la estructura que tenían ante sí. Su cuerpecito fue sacudido violentamente y de su garganta salieron aullidos lastimeros que llenaron toda la oficina, la calle, la vecindad:

-¡Esto no es mi mami! ¡Mi mami no es una máquina! ¡Quiero a mi mami! ¡Búsqueme a mi mami!

Y, señalando hacia el licenciado:

-¡Usted escondió a mi mami! ¡Quiero a mi mami ahora!

Con gesto convincente y firme, el licenciado las empujó y las condujo hacia la puerta. Aprovechó para decir, casi susurrar:

-Ella volverá a ser normal, se lo aseguro. No tiene usted de qué preocuparse. Encárguese de la niña y verá que nada le faltará- y cerró la puerta.

Sin inmutarse, la máquina continuó sumergida entre mil y una tareas, convencida de que en poco tiempo la empresa saldrá airosa de la crisis, para satisfacción del licenciado Escobar.

Jarabacoa, enero 13 del año 2004.

simos abismos que la divide el espacio
entre sus alas que no están lejos ni lejos
entre uno no, bebida de los vientos a los que se oye
que en su voz hay una belleza que nace

LA ROSA DE LOS VIENTOS

Seudónimo: Túntula

Autor: Gilberto Antón Espinal

Tan solo fue una voz que rompió la noche y parecía que su cuerpo iba y venía como un sueño que se echa bruscamente sobre unas sábanas blancas. La habitación permanecía oscura y ni un pedazo de luz que pudiere dar cabida a las formas. Adentro, en un tránsito inusual de sombras, los ojos de un hombre evocaban imágenes en una atmósfera tarda. En silencio, agonizaba horizontal y desnudo tal y como todos lo hacemos, según el ciclo o las formas del tiempo. Se desvaneció en el intento, al querer abrir las puertas de un paisaje que solo las voces de otras épocas tuvieron el poder para hacerlo. Dejó de pensar y abandonando en su propio laberinto, fue descubriendo objetos con la misma velocidad con que aparecían en sus manos. Ese extraño capricho, plagado de maldiciones, cuadrados inversos y espejos, fue aprendido en las fuentes ocultas, allá donde los siete sabios practican desde hace mil años el arte de observar in situ las cosas. Este hombre, horizontal y desnudo con su rostro clavado de cruces

que le sembró el tiempo, simplemente dormía como un mortal más, en la tenue siesta que sume como a ésta, a cualquier otra ciudad, en una que otra noche cualquiera. Abrió sus ojos, y no pudo apartar de su pensamiento los doscientos años que habitó en el laberinto; figuró en su mente las antiguas escaleras que subían hasta las cavernas, y desde un balcón oculto, le pareció recordar el intrincado tejido que una araña gigante hubiere hecho bajo las entrañas de una montaña de piedra, desde el origen mismo de los siglos. Desde allí, un anciano cuyo nombre ahora no recuerdo, cuidaba las puertas con celo, sus llaves de cristal no solo contenían la secreta combinación de los abismos, si no que un texto vedáico ya extinto en las nieblas del tiempo, lo señalan como la mano eterna, aquella que puede abrir o cerrar a su antojo la única entrada posible a los infiernos interiores de la tierra. Ya habían pasado ciclos, eclipses, constelaciones y varias heladas que habían sumergido gran parte de la costa, en el fondo insondable de los abismos del mar. Recordó la maldición de la mano que muere, aquella que le había prohibido el placer de la carne y todo rictus orgásmico que pudiere desembocar en la vida: "Si creas vida – le dijo el gran sabio menor-, tus ojos volverán al color normal de las cosas vivas, igual que los hombres o los animales, que solo verán bajo el sol, un número contado de días. Morirás como mueren la carne y los huesos, tus suspiros caerán como la nieve, y tus huestes, desaparecerán devorados por la tierra, como se devora en un banquete las

tiernas entrañas de un carnero". Luego el más anciano de todos los sabios, el que domina los reflejos de la luz y de las sombras, extendió sus manos, y el humus de los espejos transformó sus ojos en piedra, y su cuerpo en semilla perpetua, para que no muriese entonces jamás. Recordó, que se ocultó en la oscuridad de las cavernas por doscientos largos e interminables años, hasta que se le encomendó la misión de caminar al oriente, y en esa dirección, justo detrás de las pirámides negras de Achman, llegaría al oráculo de Mitra, en las oscuras montañas de Azur, y una vez allí develaría la última verdad y la más antigua de toda, una verdad aún más poderosa que la imaginación o el sueño: el entendimiento". Caminó por las noches, siguiendo el rastro de la estrella roja de Orión, y en los días, seguiría el resplandor de una oscura piedra que colgaba de su cuello, tomando como norte su sombra.

Noches y días rondaron el polvo del desierto, y en los valles inmensos que atravesó la niebla, llevó su aliento a playas lejanas, y en los sueños de los sabios durante doce lunas, se templó el acero de los designios sobre su largo camino. Hasta ese día jueves cuando sediento, llegó a una solitaria posada repleta de sucios peregrinos, venidos de lugares tan distantes como la antigua Babilonia o la vieja ciudad de Aquila, donde los descendientes de los antiguos guerreros han cambiado el acero de sus lanzas y el bronce de sus corazas, por las tiernas hebras de lanar. Llegó cansado, y pidió un lugar para echar sus huesos maltratados por el

largo camino. Se tiró sobre una cama de heno tierno, pero antes, se embriagó con el toque agrio que producen las uvas negras del Hebrón. Sus ojos mareados, llegaron a confundir el sueño con la realidad, cayó dormido, desnudo, iextraño caballero! exclamaron. Una voz de mujer lo arrastró más allá del mundo de la carne, perdiéndose en un rictus más antiguo aún que las arenas del tiempo. Pudo dormir, y soñó, y en sus sueños miró un túnel repleto de espejos, y bajos sus pies, tanto escalones como años de vida le quedaban, y una mano luminosa le invitó a recorrerlo, y al atravesar el túnel, pudo ver, en cada espejo a su costado, una parte diferente de su vida: su infancia, su primer combate, así como el humus del séptimo cuarto, y hacia arriba, justo sobre su cabeza brillaban en el espacio miles y miles de nebulosas y constelaciones. Por primera vez miró en los espejos, lo que es, lo que fue y lo que será. Continuó ascendiendo los peldaños, y próximo al umbral, no pudo dejar de volver su mirada hacia atrás; y al observar su vida de nuevo, en una perspectiva universal, una voz interior retumbó todo su ser, y se preguntó para sí: ¿Cuál de todos estos tiempos soy yo? El hombre despertó de su montaraz sueño, y sintió que un sudor ajeno mojaba su rostro, dos hilos de gruesa cabellera descansaban también sobre su pecho helado por la tenue brisa que filtraba una pequeña abertura en la pared. Miró hacia el costado izquierdo y un rostro semi oculto pesaba sobre él, como suele pesar una mujer sobre el tibio regazo de un hombre. Ya despierto, miró la

tenue luz de un amanecer que florecía, y en ese breve asomo de claridad posado en sus ojos, presintió que la esencia de los días, marcaría otro número más en el calendario de los vivos. Tomó su bastón, y ciñó sobre su cinto una reluciente espada, la misma que en otras épocas, blandieron las legiones Germanas en las montañas negras de la antigua Macedonia, puso sobre sus hombros un saco de piel, y tomó el oscuro sayal que para siempre lo cubriría de la oscuridad de las noches y la realidad de los días. Al salir, sus ojos otrora acostumbrados a las oscuras cavernas, no resistieron el resplandor del sol; sus pies, al caminar por primera vez levantaban un grueso torbellino de polvo al arrastrarse por el camino. Más aún, su cuerpo al proyectarse en el espacio, dejó marcada una sombra, que reflejaba un perfil macabro sobre la tierra. Dos gruesas gotas de sudor bajaron de su rostro, miró hacia los cielos presintiendo lo peor. Al marcar la una, la hora sin sombras, aquel encapuchado también había desaparecido como una mancha más en los recados del lejano horizonte. Jamás le volvieron a ver, solo sus restos en una tumba sin nombre en un suburbio de un París que apenas nacía. Allí quedó para siempre revelado el secreto de aquella noche que ahora les narro, para él su último amanecer. Había vuelto a ser hombre.

FIN

108

ACTA ÚNICA

Los miembros del jurado designado para ponderar las obras sometidas al Undécimo Concurso de Cuentos de Radio Santa María, reunidos el sábado 6 de marzo de 2004 en las instalaciones de esa institución en La Vega, hemos decidido otorgar los siguientes premios:

Primer Premio:

Título: "El Monstruo"

Seudónimo: Norma

Autor: Roque Diómedes Santos

Segundo Premio:

Título: "Antes de que la luz se acabe"

Seudónimo: Guasa Guasa

Autor: Aquiles Julián

Tercer Premio:

Título: "Casi un minotauro"

Seudónimo: Ulises

Autor: Ricardo Nieves

Cuarto Premio:

Título: "La Última Carta"

Seudónimo: Poe

Autor: Franklin Álvarez

Quinto Premio:

Título: "Los del elevador"

Seudónimo: Vulcano

Autor: Addala Melgen

Por otra parte, el jurado también decidió otorgar las siguientes menciones de honor:

Primera Mención:

Título: "Químbara"

Seudónimo: Guasa Guasa

Autor: Aquiles Julián

Segunda Mención:

Título: "Al filo del abismo"

Seudónimo: Clío

Autora: Petra Saviñón

Tercera Mención:

Título: "Transmutación"

Seudónimo: Cid Moreno

Autor: Rafael Paula

Cuarta Mención:

Título: "La Rosa de los Vientos"

Seudónimo: Túntula

Autor: Gilberto A. Antón Espinal

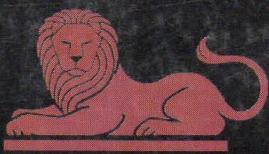
Redactado y firmado por los jurados de este concurso, en La Vega, a los seis (6) días del mes de marzo de 2004.

Lic. Emelda Ramos

Lic. Diógenes Valdez

Lic. Carlos Fernández-Rocha

Este libro se terminó
de imprimir en
Santo Domingo, D.N.
en Septiembre del 2004.



GRUPO LEON JIMENES